

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Subasta en Capri

Un telegrama llega a la sede de la CIA: se va a celebrar una extraña subasta de importantes microfilms en la isla de Capri. La CIA ha de confirmar su asistencia.

Y la CIA confirma su asistencia y envía allá a su mejor agente. Allí, Brigitte se encuentra con agentes de otros servicios secretos, y todos ellos lucharán para ser los vencedores de la subasta.



Lou Carrigan

Subasta en Capri

Brigitte en acción - 35

Archivo Secreto - 175

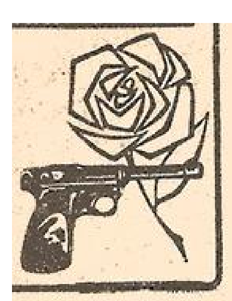
ePub r1.1

Titivillus 01.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Contemplar Nueva York desde la corona de la Estatua de La Libertad es un espectáculo interesante en todo momento. Pero para Brigitte Montfort tal actividad turística había quedado ya muy atrás. Había visto Nueva York desde todos los ángulos.

Por eso todo su interés se centraba en su relojito de pulsera. La cita había sido a las cinco de la tarde, allá arriba, en lo alto de la estatua. Y eran ya las cinco y diez. Contempló con amable condescendencia a las personas que se maravillaban ante el espectáculo comentando lo que podía ofrecer una ciudad como aquella.

—Lamento llegar tarde, querida.

Se volvió, lentamente, dejando de contemplar el mar. Hubiese reconocido aquella voz entre todas las del mundo. Miró con su eterna y dulce sonrisa al tipo más frío que jamás había conocido. Al tipo que enviaba a otras personas a la muerte mientras él se escudaba tras su poderoso cerebro organizador.

—¿Qué tal, tío Charlie? —saludó amablemente.

—Bien —asintió Pitzer—. Es usted muy amable al interesarse por mi salud.

—Me intereso por su salud porque le adoro.

—¿Usted me adora? —exclamó Pitzer.

—Le adoro —aseguró Brigitte.

—Oh… Oh, bien, caramba…

—Por eso —sonrió la divina— siento mucho que no haya venido usted a mi apartamento en lugar de citarme aquí… ¿Cree que la vista es mejor desde la estatua? Además, detesto viajar en los *ferries*.

—No desviemos la conversación. Íbamos por eso de que usted me adora…

—Pero le adoraría más si no me hubiese hecho venir aquí. Ahora podríamos estar los dos en mi terraza, tomando una copa de

champán con guinda… ¿Es un alto secreto esta reunión?

—Sí. Algo muy… interesante. ¿Ha estado usted alguna vez en Capri?

—No.

—¿Le gustaría ir allá?

—Querido tío Charlie: usted es tonto. ¿Quién no ha suspirado alguna vez por ir a Capri? Oh, la maravillosa isla italiana llena de sol, de casitas blancas, de hermosas villas, cuna y residencia de emperadores romanos… ¿Qué es lo que ocurre en Capri? Porque, mi adorado tío Charlie, es seguro que usted no me envía allá a tomar el sol con vacaciones pagadas.

—Desde luego que no. Aunque si fuese por mi gusto…

—¿Me enviaría a un lugar tan encantador con vacaciones pagadas? —exclamó Brigitte.

—Si tuviese el dinero suficiente le pagaría lo que usted quisiera… Iríamos los dos juntos adonde usted desease.

—¿Los dos juntos? —rió maliciosamente Brigitte.

—Ejem… Claro…

—Usted es un soñador —rió ya claramente la hermosa—. Vamos a dejarnos de sueños de amor…, que seguramente nunca se cumplirán, y dígame qué ocurre en Capri que requiere la presencia del mejor elemento de la fabulosa CIA. O sea, Brigitte Montfort, la divina.

—Hijita, parece que esté usted enamorada de sí misma.

—¿Acaso no tengo motivos?

—¡Tiene motivos! —exclamó Pitzer—. Y ahora veamos qué opina usted de esa subasta que se va a llevar a cabo en Capri.

—Una subasta… ¿de qué?

—De… Bueno, digamos de ampliar las redes de espionaje que la CIA tiene montadas en toda Europa…, incluida Rusia, naturalmente. Pero será mejor que lea usted esto. Llegó todo dentro de un sobre sin remitente.

—¿Adónde llegó?

—A la sede de la CIA, naturalmente. A Langley.

—Creí que podría haber llegado a La Colina.

—No, no… Llegó a Langley. No debemos olvidar que los servicios secretos extranjeros saben perfectamente dónde está la sede central de la CIA. Incluso, como usted sabe, pueden entrar en

ella, siempre sometidos a un riguroso control del que se supone no se escapa nadie, por supuesto[1].

—Por supuesto. Bien… Veamos qué es todo esto.

Dentro del sobre había un tarjetón de color rosa y una nota escrita a máquina en una media cuartilla de papel de barba recortado.

El tarjetón contenía lo siguiente:

WEK TIENE EL GUSTO DE INVITAR A LA CIA A LA SUBASTA DE MICROFILMES, OBTENIDOS EN TODA EUROPA, QUE TENDRÁ LUGAR EL DÍA QUINCE DEL CORRIENTE MES EN LA ISLA DE CAPRI.

ROMA, 12 DE MAYO DE 1966

—¿Qué es esto de WEK? —inquirió Brigitte.

Pitzer encogió los hombros.

—Será mejor que lea la nota —indicó.

Brigitte aceptó tan razonable sugerencia. La nota decía:

WEK son las, iniciales de World Espionage Kaleidoscope.

A los países cuyo idioma no es el inglés les hemos enviado la siguiente traducción: Calidoscopio de Espionaje Mundial. Resulta un nombre un tanto pintoresco, pero expresivo, ya que después de nuestra labor en Europa pensamos dedicar tres años al espionaje en América, y posteriormente en Asia.

Los microfilmes que ofrecemos son del más alto interés internacional para la consecución de una serie de «telas de araña» que colocarían al espionaje de la CIA en las más óptimas condiciones en toda Europa. La misma invitación ha sido cursada a otros organismos de espionaje, como son el FBI, la NKVD, el MI5, el Deuxième Bureau… Es disculpable tal actitud, ya que, como indica la invitación, no se trata de traiciones a ninguno de estos organismos, sino

una pacífica subasta de informes del más auténtico interés y absoluta actualidad. Se ruega contestación (aceptando o denegando la invitación) al Augustus Hotel, de Roma, en telegrama dirigido al señor Antonini. En dicho telegrama constará el nombre que usará el agente que llegara a dicho hotel el día catorce a fin de reservarle una habitación para aquella noche, y al día siguiente ser recogido y llevado dicho agente a Capri.

El juego es limpio, sin trampa.

Una subasta honesta. Para participar en ella el agente de la CIA deberá llevar 50 000 dólares en efectivo, que serán depositados como fianza en las condiciones que se indicarán oportunamente.

WEK saluda a la CIA, y le desea suerte en la subasta. Roma, 12 de Mayo de 1966

—Muy interesante —murmuró Brigitte—… Pero un tanto… extraño, ¿no le parece?

—¿Extraño? —sonrió duramente Pitzer—. Es lo más disparatado que he oído jamás.

—Sin embargo, usted está dispuesto a enviarme allá.

—Órdenes superiores, querida. Pero no exigencias. Si no le parece prudente acudir a esa subasta buscaremos otro agente. En realidad…

—Siga. En realidad… ¿qué?

—En realidad he sido yo quien ha propuesto su… candidatura.

—Oh… ¿Debo agradecérselo?

—Pensé que le gustaría conocer Capri.

—Claro, claro… Pero además pensó que una mujer puede llamar menos la atención, en este caso. Y quizá usted espera que yo pueda organizar en Capri algo que no esté en el programa de la WEK. Por cierto: ¿sabe que me gusta este nombre?

—Es bonito. Y sugestivo. ¿Acepta el viaje?

—Si no lo aceptase… ¿quién iría en mi lugar?

—Otro agente —se asombró Pitzer—. ¿Qué otra cosa, si no?

—¿Iría un hombre?

—Claro.

—¿Un muchacho de esos simpáticos que en alguna ocasión quizás haya sido mi querido Simón de turno en cualquier parte del mundo?

—Posiblemente. Lo cierto es que la CIA ha aceptado asistir a esa subasta. De un modo… cauto, desde luego.

—Claro. Hay algo que no entiendo. La invitación y la nota aclaratoria están fechadas en doce de mayo, o sea hoy… ¿De dónde llegó el sobre? ¿Estudiaron el matasellos?

—Claro que sí, querida. El matasellos es de Roma. La explicación es simple: calcularon el día en que lo recibiríamos, y pusieron esa fecha. Enviar en fecha doce una invitación para el quince en Europa resultaría muy precipitado.

—Más precipitado ha sido usted. En un solo día ha tenido que volar de Nueva York a Washington y viceversa. Es un asunto interesante, ¿verdad?

—¿Acepta?

—Naturalmente.

—Estupendo.

—Muy amable. Supongo que ese «estupendo» quiere decir que está satisfecho de que sea yo, la más astuta espía incluida Mata-Hari, quien vaya a esa subasta. Así estará seguro del buen trabajo para la CIA.

—No es por eso —sonrió Pitzer—. Es que ya hemos enviado el telegrama dirigido al señor Antonini en el Hotel Augustus de Roma.

—¿Han enviado ya el telegrama? ¿Y han facilitado mi nombre a ese señor Antonini?

—Es que… yo estaba seguro de que aceptaría.

—Su aguda psicología empieza ya a fastidiarme, tío Charlie.

—No se lo tome así. Antes ha dicho que me adoraba. Y a propósito de eso: ¿qué tal si esta noche me invitase a cenar en su terraza y luego…?

—Temo que estaré muy ocupada.

—¿Con otro hombre?

—Puede ser. ¿Cuándo debo salir para Roma?

—Mañana. Por esta vez las cosas pueden hacerse con calma, sin

precipitaciones. Yo…

—Adelante, adelante, diga lo que sea.

—Bien… Quería decirle que tenga cuidado. La verdad es que no me gusta nada este asunto. Y no olvide que llevará cincuenta mil dólares en efectivo.

—¿Cree que puede ser un truco para robar a la CIA cincuenta mil dólares? —rió Brigitte.

—Han invitado a otros países a la subasta. Se supone que cada agente llevará cincuenta mil dólares, o su equivalente en otra moneda. Suponiendo que fuesen diez los agentes invitados se obtiene la bonita suma de medio millón de dólares.

—No está mal pensado… Pero me pregunto quién será tan insensato de pretender engañar, en bloque, nada menos que a la CIA, al Deuxième Bureau, al MI5, a la NKVD, al FBI… Oh, vamos, tío Charlie, eso sería un suicidio. Hay medios muchísimo menos peligrosos para obtener quinientos mil dólares, aunque sea ilegalmente.

—Sí… Parece razonable, pero…

—Ya sabe que sé cuidarme. ¿Alguna instrucción más?

—No… Usted ya empieza a ser veterana en estas cosas. Supongo que no le perjudicará demasiado que su identidad sea conocida desde el primer momento por esa WEK.

—¿Quién puede saber eso? He aceptado la invitación a la subasta, y eso es todo.

Capítulo II

Brigitte llegó al Hotel Augustus, de Roma, el día catorce a las once de la mañana. Efectivamente tenía reservada allí una cámara a su nombre. Lo primero que hizo cuando se encontró en dicha cámara fue bañarse. Luego almorzó, y finalmente decidió que lo más conveniente era dormir unas horas, tras el largo y fatigoso viaje en vuelo directo desde Nueva York.

A las siete de la tarde salió a dar un paseo por la ciudad, cenó en un restaurante típico italiano de Villa Borghese, y decidió que reanudar el descanso sólo podía beneficiarla. De modo que regresó al hotel, entró en su cámara, y se dirigió directamente al dormitorio. Enseguida vio el sobre en la mesita de noche. Lo cogió, tranquila, y se quedó mirando el pasaje para el vuelo de las nueve de la mañana siguiente entre Roma y Nápoles. Eso era todo, pero realmente no hacía falta más. Sobraba cualquier clase de aclaración.

Se acostó, siempre tranquila, sosegada, pensando que, con toda seguridad, la persona que le había dejado allí el pasaje debía de haber registrado su escaso equipaje y, probablemente, habría encontrado no pocas de las pequeñas cosas que la espía Brigitte Montfort solía utilizar en sus trabajos. Pero ni siquiera eso la inquietó. Sabía que por el momento todo iba bien. Si hubiesen querido matarla habían tenido tiempo más que sobrado en Roma… ¿Por qué esperar a jugar sucio a que ella llegase a Capri?

Naturalmente la habían visto al llegar al hotel, y la habían fotografiado, de modo que ya estaba identificada y vigilada. Pero ni siquiera eso le quitó el sueño: una buena espía puede cumplir perfectamente misiones de envergadura aunque esté localizada e identificada.

Y ella era una buena espía. La mejor.

* * *

A las diez menos cinco minutos de la mañana siguiente Brigitte salía del aeropuerto de Nápoles, con su única maleta, que llevaba tras ella un empleado del aeropuerto, hacia los autos de alquiler. No podía hacer otra cosa, ya que ninguna indicación al respecto había recibido.

Por eso no se sorprendió que la abordaran. Lógicamente así tenía que ser.

Lo que sí la sorprendió, pero muy gratamente, fue el aspecto del hombre que la abordó: alto, muy moreno, musculoso, de hombros anchos y erguidos, ojos oscuros, y una delgadísima cintura sobre la que parecía asentarse todo el poderío de aquel cuerpo de gladiador romano.

—¿Señorita Montfort? —le preguntó en italiano.

—Sí.

—Encantado. Mi nombre es Nathan.

—¿Es usted británico?

El llamado Nathan se hizo cargo del equipaje de la divina espía, despidiendo al mozo del aeropuerto tras pagar sus servicios.

Entonces miró a Brigitte y dijo:

—Nathan es un nombre como cualquier otro, y no significa nada específico.

—Ah.

—Espero que mis palabras no la hayan molestado.

—Claro que no.

—Es usted muy amable. Una de las primeras advertencias que tengo la obligación de hacerle es que durante su estancia en Capri deberá hablar italiano en todo momento… ¿Podrá desenvolverse?

—Desde luego.

—Magnífico. Tengo un coche que nos llevará al muelle. De allí, en una lancha, saldremos inmediatamente hacia Capri. Aunque el mar está un poco picado hoy, de modo que si va a ser molesto o perjudicial para usted el viaje…

Brigitte miró encantada al apuesto gladiador.

—Son ustedes muy amables conmigo, Nathan, muy… delicados. Se lo agradezco mucho.

Nathan sonrió.

—Hay que tener en cuenta que usted es una cliente, señorita Montfort. Y a los clientes hay que tratarlos bien, para que vuelvan.

—¿Para que vuelvan? ¿Adónde?

—A Capri.

—Espere… No le entiendo. ¿Usted no viene de parte de WEK?

—¿WEK? No sé qué es eso.

Brigitte estudió atentamente, con mucho parpadeo, el viril rostro del atractivo Nathan.

—¿No sabe lo que es WEK?

—Le aseguro que no. Todo lo que tengo que hacer es recogerla aquí, llevarla al muelle, luego a Capri, y finalmente a Villa Lucia. Aparte de eso debo hacerle algunas advertencias, ponerla al corriente de ciertas disposiciones que antes me fueron indicadas, y desearle una feliz estancia en Capri.

—Pero alguien le habrá dado a usted esas órdenes, ¿no?

—Sin duda: mi patrón el señor Federico Tomaso.

—¿Y él tampoco sabe nada de la WEK? —ironizó Brigitte.

—Temo no poder contestar a eso. En realidad no estoy autorizado a facilitarle ninguna clase de información. Según tengo entendido es cosa que no me concierne y que, por otra parte, se le facilitará en el momento oportuno. Le ruego que considere que yo soy solamente el chófer de los señores Tomaso.

—¿Hay más de un señor Tomaso en Villa Lucia?

—La señora Tomaso —sonrió Nathan—. Lucia Anselmi di Tomaso… Es una gran dama, que espero será del agrado de usted. Por favor, señorita Montfort: no me haga más preguntas.

—Está bien. Vamos a ese coche.

—Gracias. Por aquí, por favor.

Llegaron al coche. Brigitte pasó al asiento de atrás, y Nathan condujo hasta llegar al muelle napolitano. Allá, tras dejar el coche en un aparcamiento, llevó a la muchacha a una bonita lancha color azul y rojo. La ayudó a subir a bordo y la puso en marcha inmediatamente hacia la izquierda de la bahía, de la cual salieron bien pronto y tomaron rumbo a la relativamente cercana Capri.

Tardaron poco más de una hora en llegar al pequeño puerto de Marina Grande, al norte de la isla, frente a la bahía napolitana, al Golfo di Napoli, según había visto Brigitte en un mapa estudiado durante su viaje en avión. Allá, dejaron la lancha, y el apuesto

hombre llamado Nathan la llevó hacia otro automóvil, pequeño, deportivo, de capota corrediza. Colocó atrás el equipaje de Brigitte mientras ésta esperaba junto al vehículo contemplando el mar de intenso tono azul, los yates y balandros, los pesqueros, los transbordadores… Cerca de allí se veía la estación del Funicolare, que desde Marina Grande llevaba a la misma Capri, población posiblemente más pequeña que Anacapri, situada al oeste de la isla. Más pequeña pero, sin duda, más famosa en el mundo entero, más cosmopolita.

—¿Quiere subir, por favor?

Nathan mantenía abierta la portezuela delantera, y Brigitte entró y se acomodó en el pequeño vehículo. Esperó a que Nathan hiciese lo mismo y preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—Hacia Punta Vivara… Cerca de allí está Villa Lucia, a la orilla del mar.

—Entiendo que Villa Lucia es de los señores Tomaso.

—Efectivamente. ¿Podemos partir?

—Sí, sí. Cuando quiera.

Se alejaron del puerto pasando por entre una multitud de lo más variado que Brigitte recordaba. Todo estaba lleno de colorido, como si el agua del mar fuese un espejo teñido de diversos colores que reflejaba en todas direcciones.

La carretera parecía dirigirse directamente hacia la costa, pero de pronto giraba hacia el interior, de nuevo hacia Marina Grande, y luego de nuevo hacia Punta Vivara, otra vez paralela a la costa pero algo más alejada de ésta.

Era una carretera amplia, cómoda…, pero tuvieron que dejarla un par de kilómetros más adelante para seguir por otra mucho más estrecha, la cual pronto abandonaron también para tomar un camino que, decididamente, iba hacia el mar…

—Ahora estamos llegando a Punta Vivara —dijo Nathan—. Un poco más al oeste está el lugar que se llama Bagni di Tiberio. Es un acantilado alto, desde el cual se asegura que el cruel Tiberio arrojaba a sus víctimas.

—Muy interesante.

—Y encima de ese lugar, dominando el mar, está el Palazzo a Mare.

—Muy interesante.

Nathan la miró de reojo, sonriendo.

—Yo diría que todo eso no le importa demasiado, señorita Montfort.

—Soy una pésima turista. Ocurre que cuando voy a cualquier parte del mundo es porque tengo algo que hacer. Algo importante, generalmente. Luego, si me queda tiempo, me dedico al turismo.

—Entiendo… Espero que le quede tiempo después de resolver sus asuntos en Capri. Me encantaría servirle de guía por la isla.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Brigitte.

Nathan también sonrió. Metió la mano en el interior de su camisa de colorines y sacó una tira de postales, que tendió a la espía.

—Observe estas postales. Lo mejor de Capri. Están los lugares más interesantes y pintorescos: los Jardines de Augusto, la torre sarracena, Pizzolungo, Monte Tuoro, Castiglione, Grota Meravigliosa… Creo que son lugares únicos en el mundo.

Brigitte contemplaba cortésmente las postales a todo color que le había entregado Nathan.

—Todos los lugares del mundo son únicos en el mundo —dijo desganadamente—. Sólo hay que elegir uno de ellos y quedarse allí a vivir, Nathan.

—Es una buena definición de cómo puede conseguirse la felicidad. Yo he encontrado en Capri ese lugar único en el mundo… Vea: ya estamos llegando al lugar de destino: Villa Lucia.

Detuvo el coche, y Brigitte pudo contemplar a sus anchas el lugar donde, según la invitación, se iba a celebrar la subasta. Es decir, el lugar de Capri donde, al parecer, iban a ser subastados ciertos importantes microfilmes… Una villa grande, de no menos de doce habitaciones, con las paredes cubiertas de buganvillas, el tejado rojo, rodeada de pinos y césped. A un lado se veía, como una gran mancha brillante, el azul de las aguas de una piscina. Hacia delante la fina playa de dorada arena y el mar verdiazul y salpicado de blanca espuma sobre el cual pasaban, raudas, algunas gaviotas de vientre blanquísimo y alas parduscas.

—Parece un lugar amable —musitó Brigitte.

—Lo es.

—Bien… Sigamos.

Nathan movió negativamente la cabeza.

—Lo lamento: antes deberá desnudarse.

—¿Cómo?

—Desnudarse —sonrió el apuesto varón—. Está claro que no será en beneficio mío, señorita Montfort.

—¿De quién entonces?

—De quienes así lo han ordenado. Deberá usted desnudarse, entregarme sus ropas y su equipaje, y entrar a pie en la villa.

—¿Desnuda? —rió Brigitte.

—No, no… Se pondrá esto.

Nathan se apeó, fue al asiento de atrás, lo alzó, y sacó una túnica azul, junto con un pequeño paquete que Brigitte no pudo identificar de momento. Pero Nathan no la tuvo en dudas mucho tiempo, ya que pronto abrió el paquete… y sacó una máscara de goma transpirable que debía de cubrir completamente la cabeza.

—Una vez desnuda se pondrá la túnica y la máscara. Entrará en la villa, se dirigirá a la casa, entrará, y subirá al primer piso. Allá verá varias habitaciones. En una de ellas encontrará la palabra CIA. Esa es su habitación. Poco después le será devuelto su equipaje y sus ropas, así como otros efectos personales que no sean considerados… indiscretos dentro de la villa.

—¿Por ejemplo…?

—Radios portátiles o aparatos pequeños… Cualquier cosa que pueda ser considerada como auxiliar para el espionaje. Tenga en cuenta que esta es una reunión amistosa de personas… invitadas a Villa Lucia.

—Creí que usted no sabía nada de lo que está ocurriendo aquí.

—Y nada sé. Me limito a seguir instrucciones muy completas y concretas.

—Bien. Supongo que tengo que obedecer.

—Gracias. Puede desnudarse dentro del coche, si quiere.

—Demasiado incómodo. Como este parece un lugar solitario bastará que usted se vuelva de espaldas unos segundos.

—Como prefiera.

El hombre se volvió cuando Brigitte hubo salido del coche, y la espía cambió rápidamente sus ropas por aquella túnica de claro tono azul.

—Ya está —avisó.

Nathan se volvió a mirarla y sonrió.

—Parece usted una romana antigua… Es muy hermosa, señorita Montfort.

—¿De veras? No me había dado cuenta.

—Su sentido del humor es simpático —sonrió Nathan—. Ahora deberá caminar hacia la villa… ¿Recuerda lo que le he dicho?

—Sí.

—Pues eso es todo… ¿Le interesa la compra de esta tira de postales?

—Quizá más adelante. ¿Debo ponerme también la máscara?

—Eso es cuenta suya. Puede hacer lo que quiera, según desee conservar o no su rostro oculto.

—Ustedes ya me conocen.

—Desde luego; pero habrá otros invitados, no lo olvide.

—Ah, sí. Bien, creo que me pondré la máscara… Esto está pareciendo una divertida broma.

—Es mejor que se lo tome así. Sus ropas le serán devueltas lo antes posible. Desde luego si tiene armas o cualquier cosa inquietante para nosotros será mejor que las olvide ahora mismo, ya que no las recuperará hasta que se marche.

—Está bien. Hasta la vista, Nathan.

—Perdóneme, pero obedezco órdenes… Tengo que regresar a Nápoles, ahora… Queda mucho trabajo por hacer.

Brigitte asintió con la cabeza. Se volvió de nuevo hacia Villa Lucia y estuvo contemplándola durante un par de minutos, tiempo durante el cual Nathan desapareció de allí, regresando a Marina Grande. Por fin Brigitte encogió los hombros, se puso la máscara, y empezó a caminar hacia la villa.

Había unas grandes y bonitas verjas en la entrada. Luego un camino de tierra bordeado de flores y pinos que llevaba hacia la villa y hacia el garaje. Brigitte caminó hacia la primera pasando cerca de una piscina de aguas inmóviles. Una mañana calurosa, quieta, repleta de un sol cegador, ardiente… No vio a nadie. Tan sólo algunos pajarillos en los pinos, y, hacia la cercana playa, unas cuantas gaviotas. El silencio era total, y todo parecía dormido bajo el sol luminoso.

Se dirigió hacia la casa, entró, y quedó gratamente sorprendida al encontrarse en un gran patio de mosaicos grandes de colores ocre

y rojo intenso. En el centro había un surtidor, que brotaba muy alto de una fuente de arcilla roja que simulaba un Neptuno. Y rodeando la fuente una gran galería volante rectangular, con barandilla de madera, como a cuatro metros del patio. En esa galería se veían diez puertas, todas ellas cerradas. El sol daba de lleno en el pequeño rectángulo del techo a base de cristales de colores, y esparcía una luz variada, brillante, bucólica. Había plantas en macetas por los rincones, en el borde del estanque, en la barandilla de aquella gran galería. A la izquierda se veía un gimnasio, cuyas puertas estaban abiertas; a la derecha un salón de reposo. Luego había dos puertas más, cerradas, a los dos lados restantes. Y cerca de la puerta de entrada una gran escalinata de mosaico rojo que llevaba casi desde la misma entrada al piso en el cual se hallaba la galería.

Brigitte oía solamente el rumor del agua, como un sedante eficacísimo. Un agua clara, cristalina…, que notó muy fresca cuando hundió una mano en ella mientras miraba hacia el salón de reposo, confortablemente amueblado… Una mecedora se movía levemente.

Sonriendo, Brigitte se acercó más a la entrada del salón. Miró al interior, pero no vio a nadie…, y entretanto la mecedora se inmovilizó por completo.

Regresó al pie de la escalinata y emprendió la ascensión, lentamente, pensando que jamás presa alguna pudo presentarse tan propicia como ella en aquellos momentos. Ataviada únicamente con una túnica y una máscara, sin armas, sin ver a nadie, sin conocer el terreno.

Pero llegó a la galería sin que nada hubiese sucedido. Pasó delante de varias puertas cada una de las cuales tenía un cartelito con distintas inscripciones: NKVD, Deuxième Bureau, SS, FBI, Abwher…

Y de pronto vio la suya: CIA.

Empujó la puerta, entró, cerró tras ella, y entonces vio la llave en la cerradura, en la parte de dentro. Dio la vuelta a la llave y se dedicó a examinar la habitación espaciosa, fresca, limpia a la perfección, con cortinas alegres, persianas, macetas… Había un cuarto de baño. Y un balconcillo que daba a un lado de la villa.

En una mesita cercana al balcón, adosada a la pared, había una bandeja cubierta. La destapó y vio un almuerzo a la italiana, un

tanto vulgar: spaghetti, vino rojo, pan, carne, uvas.

En el centro de la bandeja, una cartulina color rosado, en cuyo ángulo superior izquierdo se velan las iniciales WEK. Y en el centro, una sola palabra: Benvenutta.

Capítulo III

Hacia las cinco y media de la tarde, sumergida en un profundo sueño, Brigitte oyó un golpecito en madera cuyo significado llegó rápidamente a su conocimiento. Siempre rápida de reflejos, estaba ya sentada en la cama y mirando hacia la puerta cuando aún parecía oírse el golpe de llamada.

—¿Quién es? —inquirió.

—Tomaso. ¿Quiere abrir, por favor?

—Un momento.

Se puso la túnica y la máscara antes de abrir. Cuando lo hizo vio ante el umbral a un hombre y una mujer, ambos de edad mediana, rozando los cuarenta. Resultaban una pareja sorprendentemente agradable, ella con su esbelto cuerpo elegante y él con su aire de deportista y unas pocas canas en las sienes. Era un hombre atractivo, de ojos ardientes; y ella era muy hermosa. Nada más verlos Brigitte supo que se encontraba ante personas de gran educación y cultura, de exquisitos modales.

—Permítame presentarme —sonrió el hombre—: Federico Tomaso de Capolatore. Ella es mi esposa, Lucia Anselmi di Tomaso… Aunque suponemos que Nathan la habrá informado a usted de esto, señorita CIA.

—Efectivamente… ¿Cómo me ha llamado?

Federico Tomaso sonrió de nuevo, cortésmente, al tiempo que mostraba un paquete que llevaba en un brazo.

—¿Podemos pasar, señorita CIA?

—Desde luego.

Brigitte se apartó, ellos entraron, y ella cerró de nuevo, ahora sin llave. Los Tomaso examinaron brevemente la habitación, y fue Lucia quien habló entonces:

—Espero que se halle confortablemente instalada. Si en cualquier momento precisase algo le ruego nos lo pida

inmediatamente. La atendeemos con gusto.

—Muchas gracias. Por ahora no tengo queja del… «hotel». Pero no acabo de comprender muy bien esta situación, señora Tomaso.

—Nosotros tampoco —dijo amablemente Federico—. Lo cierto es que estamos muy intrigados, señorita CIA. Oh, y respecto al modo de llamarla nos limitamos a obedecer ciertas indicaciones al respecto. El nombre asignado a usted es CIA, o sea, el que corresponde a su habitación.

—Entiendo. Del mismo modo los demás invitados serán llamados FBI, NKVD, MI5…

—Exactamente. Nosotros comprendemos, claro está, que todo ello está pensado en beneficio de ustedes mismos, refiriéndonos a la ventaja de conservar el anonimato.

—Pero ustedes saben mi nombre —musitó Brigitte.

—Nosotros sí. Y Nathan, que ha tenido mucho trabajo el pobre muchacho con la llegada de ustedes. Pero nadie más, ya que Pokoulos, el jardinero, no se ha movido de la villa. Y tampoco se ha movido Winston, el mayordomo inglés que hace tiempo tenemos contratado. Nathan, por su profesión de chófer y ser un muchacho deportista que sabe manejar lanchas y otros vehículos, fue designado para ir recogiendo a los invitados.

—Designado… ¿por quién?

—Por la WEK, naturalmente.

—Con lo cual, según parece, ésta no ha utilizado más que a un señor llamado Antonini, encargado de recibir telegramas en el Hotel Augustus, reservar habitaciones allí, y luego ir colocando en esas habitaciones los pasajes para cada uno de los invitados con destino a Nápoles. El sistema me parece ingenioso y sencillo, señor Tomaso.

—Bueno, lo dice usted como si fuese mérito mío, señorita CIA.

—¿Y no es así?

—Desde luego que no. Es más, ni siquiera sé quién es ese señor Antonini, ni todo eso del Hotel Augustus… A nosotros nos fueron facilitados unos nombres y unas fotografías, una por invitado. Nathan tenía que ir a recogerlos al aeropuerto escalonadamente y traerlos aquí… Hecho esto tuvimos que devolver las fotos, y eso es todo. Todo excepto procurar que los invitados estén cómodamente instalados en todo momento.

—¿No forma usted parte de la WEK, señor Tomaso?

—Supongo que no.
—¿Lo supone?
—Quiero decir que ni siquiera sé qué significa la sigla WEK. Se me facilitó ese nombre como dato de referencia para que pudiese conversar con ustedes, bien entendido en todo momento que WEK es una de las partes interesadas y ustedes, los invitados, otra de las partes… Naturalmente, después de ver los cartelitos que me entregaron para que los colocase en las puertas, he comprendido que el asunto trata de espionaje y…
—¿Sí? Por favor, siga.
—Bien… Sólo quería rogarle a usted, igual que he hecho con otros invitados, que se porten… pacíficamente durante su estancia en Villa Lucia. Es un favor personal que pido.
Brigitte sonrió dulcemente.
—Por mi parte está concedido. ¿Lo ha advertido también a los otros invitados?
—Así es.
—¿Han llegado ya todos?
—Sí, sí. Algunos lo hicieron antes que usted, otros después… Pero ya están en la villa todos los invitados. Quería pedirle, señorita CIA, que sea tolerante con Pokoulos…
—¿Con el jardinero? ¿En qué debo ser tolerante?
—Bueno… Para mi esposa y yo los servicios de Winston, el mayordomo, han venido siendo suficientes. Pero con tantos invitados hemos tenido que rogar a Pokoulos que ayude a Winston y, claro, sus modales en el servicio no serán tan agradables como los de Winston… Todos pondremos nuestra mejor voluntad en hacer grata su estancia aquí, pero tendrá que ser… tolerante con Pokoulos. Este también es un ruego personal, por supuesto. Pokoulos es… un griego un tanto brusco, poco acostumbrado a tratar con personas, y… me temo que no demasiado refinado.
—Toleraré a Pokoulos —rió Brigitte tras la máscara, lo cual le resultó muy incómodo—. ¿Puedo quitarme la máscara?
—Ya vimos su fotografía, de modo que cuando está a solas con nosotros puede prescindir de tan caluroso artefacto.
Brigitte se quitó la máscara, suspirando.
—Empezaba a sentirme incómoda.
—¿Fue de su agrado el almuerzo?

Brigitte miró a la discreta, elegante y bella Lucia Anselmi di Tomaso.

—Regular… Oh, por favor, señora Tomaso, no adopte esa expresión consternada. Su voluntad fue buena, y la preparación exquisita. Sucede que la comida italiana no acaba de ser de mi gusto. Sin ánimo de ofender, naturalmente.

—Es usted muy amable… Ordenaré a Winston que durante su estancia aquí prescinda de platos más o menos típicos y le prepare comidas americanas.

—O francesas —sonrió Brigitte—. Son ustedes muy hospitalarios, señora Tomaso. Supongo que no puedo hacer preguntas respecto a lo… insólito de la situación de ustedes en este asunto, ya que, según entiendo, no forman parte de WEK.

—Así es.

—¿Entonces…?

Los anfitriones vacilaron, pero sólo un instante.

—Bien… Esa pregunta podemos contestarla. Y lo haremos con una sinceridad que esperamos no considere… de mal gusto. Últimamente las cosas no nos iban demasiado bien… En el aspecto económico, se entiende. Supongo que de un modo u otro WEK se enteró. Vino un hombre a la villa hace un par de semanas… Un hombre fuerte, alto, con grandes bigotes, muy bronceado. Era muy cortés, elegante, culto… Nos agradaron mucho sus modales y su modo de exponer la situación, de decirnos que estaba enterado de nuestras dificultades. Entonces nos propuso alquilarnos la villa, a lo cual nosotros nos negamos…

—¿Se negaron?

—En principio —aclaró Federico Tomaso—. Creíamos que vendría a ocuparla con familiares, o amigos, o servidumbre… En tal caso, naturalmente, nosotros teníamos que desalojarla y… Bien, no sé si usted comprenderá nuestro orgullo y nuestra negativa. Las cosas iban mal, pero no podíamos hacer eso: habría sido el fin de nuestra… posición social, muy sólida en Capri.

—Me parece un orgullo admisible, señor Tomaso.

—Gracias. Pero el hombre que nos visitó…

—¿No dijo su nombre?

—Oh, sí, sí… Pero debe de ser falso, claro.

—¿Qué nombre es ese?

—Josuá.

Brigitte rió quedamente.

—Siga, señor Tomaso —pidió.

—El señor Josuá dijo que no teníamos que abandonar la villa. Al contrario, deseaba que permaneciésemos aquí con nuestra servidumbre: Winston, mayordomo-cocinero; Nathan, chófer; Pokoulos, jardinero. Y nos pedía que fuésemos amables anfitriones de sus invitados, que sólo permanecerían aquí un par de días, tres como máximo. Esto nos pareció bien, y aceptamos… Sobre todo cuando nos pagó treinta millones de liras por ello.

—Entiendo… Es de suponer que sus dificultades económicas han terminado ahora.

—Afortunadamente así es. Y a cambio de ello sólo tenemos que ser anfitriones amables con unos invitados que, estamos seguros, sabrán comportarse en todo momento. Aparte, señorita CIA, nosotros estamos rogando a ustedes que consideren la cuestión bajo el exacto punto de vista: no tenemos nada que ver en esto, no conocemos a nadie, no sabemos nada… Por favor, cuando todo esto termine le rogamos que se olvide de Villa Lucia. Ustedes, los… los…

—¿Los espías? —sonrió Brigitte.

—Bien…

—No me ofende en modo alguno esa palabra, señor Tomaso. ¿Qué iba a decir de los espías?

—Creo que son personas inteligentes. Estoy seguro de que comprenderán que cuando esto termine nosotros quedaremos desligados de todo y en nada podremos ayudarles o informarles. Suplicamos… el olvido de Villa Lucia.

—Lo tendré en cuenta —accedió Brigitte.

—Muchas gracias… Le hemos traído sus ropas.

—¿Y la maleta?

—Nathan tuvo que llevarlas todas al cuarto cerrado. Es decir…

—¿Cuarto cerrado? ¿Qué es eso?

—Uno de los aposentos de la planta baja permanecerá siempre cerrado, nadie podrá entrar allí.

—¿Nathan sí?

—Nathan llama, le abren, deja la maleta, y sale muy pronto de allí. Antes iba a decirle que usted es la única que ha traído maleta.

—Las mujeres siempre necesitamos más cosas que los hombres

—dijo Lucia.

—Así es —sonrió Brigitte—. Tenemos un cuerpo más bonito y es justo que lo… adornemos más y más a menudo.

Rieron los tres.

—Winston le subirá su maleta cuando le autoricen. Entretanto aquí tiene sus ropas. Nathan dice que los objetos que pueden ser utilizados en espionaje han sido… requisados temporalmente de su equipaje. Incluida una pistolita de cachas de madreperla, creo que dijo.

—Sí… Bien, creo que me quitaré esta túnica y me pondré mis ropas. Son más frescas y más elegantes… ¿O no puedo salir de mi habitación a menos que lleve la túnica y la máscara?

—Creemos que es cuestión de protección personal. Es evidente que corre menos riesgo de ser reconocida, ya sea ahora o más adelante, si baja con la túnica y la máscara que sólo con la máscara. Sin embargo, eso queda a su elección, a su sentido de la protección presente o futura.

—Entiendo.

—Bien. Estamos a su disposición. Si desea algo, por favor, no vacile en pedirlo. La cena se servirá en las respectivas habitaciones, ya que resultaría muy incómodo comer con la máscara puesta. Puede pasear por el jardín, o bañarse en la piscina, recorrer la villa… Pero hemos de rogarle que no salga de sus límites, por el momento. La reunión será a las siete y media.

—¿Qué reunión?

—La de todos ustedes. A las siete y media, abajo, en el patio… Es para la subasta.

—Ah… Ah, sí… Bien, muchas gracias. Hasta entonces creo que aprovecharé su ofrecimiento y daré un paseo por la villa.

—Como guste. Ha sido un placer, señorita CIA.

—Lo mismo digo —sonrió Brigitte. Quedó sola en su habitación, pensativa.

No cabía duda de que aquello estaba muy bien preparado. La postura de los Tomaso y sus tres servidores parecía muy clara. Evidentemente una actitud sensata sería la de desconfiar de ellos, que podían formar parte de la WEK.

Pero Brigitte decidió que no era así. La explicación de los Tomaso respecto al alquiler de la villa resultaba un tanto fuera de lo

corriente, pero tenía todas las características de la verdad, precisamente por fuera de lo corriente.

Los Tomaso habían cobrado treinta millones de liras por alquilar la villa, y Nathan, Winston y Pokoulos también debían de haber recibido una parte, aunque menor. Total para que durante dos o tres días como máximo Villa Lucia se convirtiese en una especie de hotel, de residencia para espías en son de paz…, pero dispuestos a batallar por una información que podía colocar a uno de los organismos allí representados a la cabeza del espionaje europeo.

¿Era eso posible, lógico, sensato?

Para conseguir tal información destinada a la subasta hacía falta una buena organización, muchos agentes, gran conocimiento del espionaje… La WEK era como una especie de… agencia recopiladora que estaba dispuesta a obtener un beneficio de su esfuerzo.

¿Qué beneficio?

¿Exclusivamente dinero?

¿Cuánto pedirían? ¿Un millón de dólares? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Veinte…?

Se quitó la túnica y se quedó mirando su muslo izquierdo, un tanto perocupada. No era amante exagerada de las armas, pero hubiese preferido poder llevar su pistolita, como siempre, sujeta al muslo con una tira de esparadrapo.

Se puso sus ropas y la máscara y se asomó al balconcillo.

Solamente vio a un hombre, en un lado del jardín. Llevaba un gran sombrero de paja, unos viejos *shorts* color caqui y una camisa blanca. Estaba regando unas plantas con una larga manguera. Debía de ser Pokoulos, el jardinero.

Salió de la habitación, mirando hacia las otras puertas. Todas estaban cerradas. Cuando vio el cartelito del MI5 recordó a John Pearson, alias Fantasma[2]… ¿Habría sido designado él para acudir a la subasta? Desde luego si John estaba allí ella lo reconocería inmediatamente, por muchas máscaras o túnicas que se pusiera.

Se asomó al patio del surtidor. Tampoco allí había nadie. Bajó y se quedó mirando las dos puertas que antes habían estado cerradas… Ahora sólo una de ellas permanecía cerrada. La otra mostraba el amplio comedor de la villa.

Entró allí y salió al jardín por la terraza, tras convencerse de que

nada interesante había en el comedor.

La villa parecía completamente desierta, a excepción de Pokoulos, que, ahora más cerca de ella, se volvió, la miró, y continuó su trabajo.

Brigitte se acercó a él lentamente. Cuando se detuvo a su lado el griego ni siquiera la miró. Sólo lo hizo cuando ella saludó amablemente:

—Hola, Pokoulos.

—Hola.

—¿Ha visto a algún invitado por aquí?

—No. Sólo a usted.

—Hace, mucho calor… Y sólo estamos en mayo. El clima de Capri es bueno.

—Muy bueno.

—¿Por dónde puedo llegar a la cocina?

Pokoulos señaló un lado de la villa.

—La cocina está detrás. Y también cuatro habitaciones pequeñas, que son las que ocupamos la servidumbre.

—¿Cuatro? Ustedes son sólo tres, según creo.

—Una habitación está vacía.

—Claro. Iré a ver qué nos están preparando para la cena.

—Está bien.

Se alejó del jardinero, siempre lentamente, mirándolo todo.

La piscina era bastante grande, con revestimiento de mosaicos blancos, azules y rojos. La transparencia de sus aguas resultaba incluso sorprendente. Pensó que debía de haber sido cambiada el agua aquella misma mañana, en honor a los invitados.

Llegó a la cocina y atisbó por la ventana. Un hombre alto, flaco, estirado, serio, se dedicaba a las tareas de cocinero, con gran dignidad, muy flematico. Llevaba frac blanco, con lazo al cuello, y, encima, un delantal. Brigitte no pudo contener una sonrisa ante la indiscutible actitud de aquel hombre que lo delataba como inglés.

Dio unos golpecitos en los cristales, y el hombre miró hacia allí, siempre flemático. Fue a abrir la puerta y se colocó a un lado, cortés, serio.

—Lamento lo de la comida italiana, señorita CIA —dijo—. No volverá a, suceder.

—Es usted muy atento, Winston. En realidad me gusta… pero

soy de la opinión de que los platos fuertes no interesan para una nutrición… conveniente y elegante.

—Soy de su misma opinión. ¿Puedo ofrecerle té?

—Es un poco tarde para tomar té. Son las seis ya.

—Las circunstancias mandan. Pero si prefiere otra cosa…

—Champán con guinda. ¿Tenemos?

—Puedo ofrecérselo con fresas italianas. No obstante si quiere guindas llamaré a Nathan para que vaya a Capri a buscarlas.

—No, no… No quisiera ser una invitada excesivamente molesta. Tomaré champán solo. Pero muy frío, eso sí.

—Por supuesto.

Winston fue a un gran frigorífico colocado en un rincón de la cocina y sacó una botella de champán cuyo cristal estaba empañado por el frío. Dejó la botella en un gran mármol blanco sobre el cual se veían una grandes cristaleras, y se volvió hacia Brigitte.

—¿Copa francesa? —preguntó.

—Estupendo… Es usted maravilloso, Winston. ¿Hace mucho tiempo que está en Villa Lucia?

—Casi cuatro años. Aunque sean italianos son personas que merecen mis servicios.

Brigitte contuvo una sonrisita. Efectivamente Winston no podía ser más inglés. Le llevó la copa en una bandeja, y Brigitte la tomó con delicadeza que complació al británico.

—Temo que no podré saborear el champán como merece si conservo esta máscara puesta, Winston.

—Con su permiso le volveré la espalda. Discúlpeme.

Se volvió, y Brigitte alzó la máscara, bebió un sorbito y comentó:

—Pokoulos parece un hombre algo huraño, ¿verdad?

—Es un poco… tosco. Pero buena persona.

—Por supuesto… ¿También lleva mucho tiempo en la villa?

—Más que yo. Creo que siete años.

—Ah… ¿Y Nathan?

—Él lleva menos… Apenas unos meses. El chófer anterior se despidió, y entonces fue contratado Nathan.

—Entiendo… Por cierto: ¿dónde está?

—¿Nathan? Supongo que en el garaje. Siempre tiene algo que hacer allí.

—Él también parece una buena persona.

—Es un gran chico. Muy servicial, buen compañero… A decir verdad me alegré que el chófer anterior se despidiese. Era… un tanto inadecuado. En cambio Nathan es persona mucho más grata. Lo cierto es, señorita CIA, que los señores Tomaso siempre han sabido elegir bien su servicio. En realidad pienso que al chófer anterior lo despidieron porque no les agradaba.

—Los Tomaso, en efecto, parecen gente refinada… Creo que iré a dar una vuelta por el garaje, Winston. Gracias por el champán y por la charla. Oh, ya puede volverse.

Winston se volvió, tomó la copa, y sonrió levemente cuando Brigitte se despidió con un gesto de la mano. La estuvo mirando unos segundos por la ventana mientras ella se dirigía hacia el garaje, que era una construcción aparte, detrás de la casa, casi escondido entre unos altos y frondosos pinos de copa muy ancha y plana.

Brigitte se detuvo en la entrada del garaje, cuyas dos grandes puertas de madera estaban abiertas. Vio el coche, y, debajo, a Nathan, tendido sobre una plancha rodante de madera.

—¿Se ha estropeado el coche, Nathan? —preguntó.

La plancha rodante se movió, desplazándose sobre los cuatro pequeños cojinetes, y Nathan, todavía tendido, se quedó mirando sonriente a la enmascarada Brigitte.

—Nada de lo que yo cuido puede estropearse, señorita CIA: no le doy tiempo.

—Admirable actitud. Como lo he visto ahí debajo…

Nathan se puso en pie, cogió un trapo, y se limpió las manos, sin dejar de mirar la máscara.

—Me pareció que perdía un poco de aceite. Es un coche algo viejo ya. El otro…

—¿Qué pasó con el otro?

—Nada, nada…

—¿Tuvieron que venderlo los Tomaso? —sonrió Brigitte.

—No sé.

—Cuánta discreción… Pero así ha de ser. ¿Cree que alguien nos está viendo, Nathan?

—Desde luego que no. ¿Resulta calurosa la máscara?

—Un poco —suspiró Brigïtte, quitándosela—. Así está mucho

mejor.

—Sin duda —sonrió Nathan—. Una mujer con su… Se interrumpió.

Fue hacia un tablero, dejó allí el trapo y se quitó el mono azul, quedando en pantalones y con el torso desnudo. Un torso formidable, de finos músculos bien marcados, sólidos y elásticos a la vez, que vibraron cuando Nathan se puso el ligero jersey deportivo.

—¿Con mi…? —insinuó Brigitte.

—Iba a decir que su belleza no debería ocultarse nunca —sonrió de nuevo Nathan—… Pero supongo que debo abstenerme de comentarios de esa clase.

—¿Por qué? —rió la divina—. ¡Me encanta que me digan que soy muy hermosa!

—Es natural. —Nathan cogió la tira de postales, y se disponía a meterlas bajo su jersey cuando las mostró adelantándolas hacia Brigitte—… ¿De veras no le interesan?

—Sería un pobre negocio el suyo el de dedicarse a vender postales de colores, Nathan, ¿no le parece?

—Oh, se las regalo… De veras.

—Es usted muy generoso, pero me parece observar que están… algo mugrientas.

—Es cierto… Caramba, es cierto. ¿Puedo servirla en algo?

—No, no… Solamente estaba dando una vuelta por la villa, y me pareció que debía conocer a todos los personajes.

—Una actitud muy cordial la suya. ¿Nos ha conocido ya?

—Sí, sí… A todos. Me pregunto qué podría hacer yo hasta las siete y media.

—Pues… no sé. ¿No le gustaría nadar un poco en la piscina? El sol es bueno todavía.

—Pero la piscina resulta demasiado visible desde la casa, y no quisiera bañarme con esto puesto. —Alzó la máscara.

—Claro. ¿Le gustaría llegarse a la playa? Oh, puedo pasearla en el balandro, si quiere.

—¿De veras? Esa es una idea muy de mi agrado, Nathan. ¿Puedo pasear fuera de la villa?

—Conmigo y en el balandro, sí —sonrió él—. No estamos en una prisión.

—Entonces… ¡acepto encantada!

Él sonrió, y se dirigió hacia la salida del garaje. Esperó a que saliese Brigitte tras colocarse la máscara, y cerró las puertas. Luego los dos emprendieron el camino hacia la cercana playa particular de Villa Lucia, pensando Brigitte que era muy lógico que los Tomaso hubiesen aceptado aquella situación extraña…, pero que les permitiría conservar la villa.

Cerca de la playa había un cobertizo con techado de ramas de pino. Dentro, un solitario balandro que parecía viejo pero cuyo aspecto era casi flamante, debido a la reciente capa de pintura. Nathan tiró de él, sacándolo del cobertizo y llevándolo hacia la playa deslizándolo por las dos guías de madera engrasada con brea.

—Será mejor que suba ahora; así no tendrá que mojarse.

Brigitte subió al balandro y Nathan acabó de arrastrarlo hacia la playa, saltando en el momento justo en que la popa dejaba de tocar el deslizadero. Soltó la vela, la manejó hábilmente, y la pequeña embarcación comenzó a penetrar en el mar. Brigitte se quitó la máscara otra vez, y sonrió a Nathan, que la miraba como maravillado, sin saber que, a su vez, la divina espía estaba admirada de su atractivo viril, de su gallardía.

Bien… Brigitte Montfort, la representante de la CIA en aquella subasta, ya conocía a los cinco moradores habituales de Villa Lucia. Y obtuvo la conclusión de que todos ellos eran buenas personas, posiblemente poco dadas a complicarse la vida con actividades de espionaje.

Ahora sólo quedaba por ver qué clase de agentes habían enviado los servicios secretos de otros países.

Capítulo IV

Brigitte fue la última en llegar al patio, tras haber visto por la galería ya reunidos a los demás visitantes invitados en Villa Lucia. Eran seis más, correspondientes a los siguientes organismos según era fácil deducir por los cartelitos de las puertas de las habitaciones ocupadas: NKVD, Deuxième Bureau, S. S. italiano, FBI, Abwher y MI5.

Todos ellos habían tenido el buen gusto de presentarse a la reunión en traje de calle, prescindiendo de la túnica, lo cual habría dado a la reunión un cierto aire fantasmal no poco carente de seriedad. Pero, desde luego, todos llevaban puesta la máscara. Seis máscaras que se volvieron hacia la escalinata cuando ella descendía…, y seis pares de ojos brillaron al ver a la divina espía representante de la CIA, que estaba pensando que en aquella reunión o sobraba ella o sobraba el representante del FBI. Cierto que la rivalidad entre la CIA y el FBI era notoria, reconocida en todo el mundo, pero las cosas no debían llegar a tales extremos.

¿Quién sería el hombre del FBI? ¿Qué hombre especial bien entrenado y preparado para cualquier posible contratiempo habrían elegido para aquella misión pacífica?

Ni siquiera sabía cuál de aquellos hombres ocupaba la habitación con el letrerito de FBI. Los miró a todos atentamente, y su mirada quedó fija, por fin, en el que había mirado en cuarto lugar. Un hombre de traje claro, delgado pero musculoso, de hombros anchos y manos muy tostadas por el sol… ¿Lo conocía? Aquellas manos, aquellos hombros, aquella postura elástica, suelta, flexible… ¿Lo conocía? Tenía que ser un Gman fuera de lo corriente, desde luego. Igual que el resto de los espías allí reunidos. No por pacífica (al menos de momento) aquella misión podía confiarse a un agente vulgar.

Cuando llegó abajo Brigitte alzó una mano, y la movió hasta que

la palma hubo pasado ante todos.

—Buenas tardes, señores —saludó en italiano.

Hubo seis movimientos de cabeza, y un par de manos se alzaron también. Brigitte estuvo a punto de echarse a reír ante aquella situación que casi rayaba en lo absurdo.

En circunstancias normales allí se habría organizado una buena pelea, seguramente.

Pero la consecución de aquellos importantísimos informes prometidos por la WEK, y la carencia de armas de cualquier clase por parte de todos, dejaban las cosas muy calmadas. Además era de esperar que todos los presentes tuviesen un gran dominio nervioso, una serenidad digna de un espía de categoría internacional.

Sí… En el fondo la situación casi resultaba absurdamente divertida.

—¿Les parecería mal que nos presentásemos? —sugirió Brigitte —. Es fácil comprender que todos podemos saber quién es cada cual tan sólo viéndole entrar en su habitación. Por otra parte, sin vernos el rostro y hablando en italiano obligatoriamente, la voz resultará inidentificable. Yo soy CIA.

Uno de los enmascarados alzó la mano.

—Deuxième Bureau —se presentó. Luego otro:

—MI5.

Otro:

—Servizio Segreto Italiano.

Otro:

—FBI.

Brigitte frunció el ceño bajo la máscara cuando, precisamente el hombre que ella había creído reconocer, se presentó como FBI Era el hombre de las manos tostadas y traje claro, en efecto. Cada uno llevaba una máscara diferente, por lo que en adelante sería fácil recordarlos a todos por su nombre de servicio.

—Abwher.

El último, cómo no, fue el ruso. Y Brigitte pensó que, posiblemente, se presentaba porque resultaba obvio que sólo él podía ser el enviado de la Unión Soviética:

—NKVD.

—Bien, señores… Parece que sólo nosotros estamos en condiciones de ofrecer un precio aceptable por esa información de

la WEK. Por cierto: ¿alguno de ustedes había oído antes ese nombre?

Seis movimientos negativos de cabeza. NKVD deslizó:

—Podemos suponer que esa organización es americana o inglesa.

—¿Por qué? —preguntó MI5.

—Por el nombre. Su designación es inglesa, no cabe duda.

—Ciertamente —aprobó Deuxième Bureau—. Sin embargo, eso no significa nada. Es como… como un pasaporte falso.

Hubo un asentimiento general. Brigitte miraba de uno a otro sin dejar de sentirse divertida. Le habría gustado observar las expresiones de aquellos rostros, sin más interés que el puramente humano. Serían unas expresiones dignas de estudio, estaba convencida de ello. Se imaginó seis rostros tensos, seis pares de ojos vigilantes, seis pares de oídos siempre atentos.

—¿Quieren pasar al salón?

Se volvieron todos hacia Nathan, que acababa de salir de allí y señalaba al interior. Brigitte fue la primera en entrar.

El ambiente era muy grato, fresco; las persianas estaban entrecerradas de modo que, si bien entraba la última claridad del día, el sol del ocaso, ya horizontal, no podía hacerlo. Había macetas con grandes plantas, y un sistema de refrigeración en un rincón, que no funcionaba en aquel momento, ya que resultaba innecesario. Unos cómodos butacones habían sido distribuidos por el confortable salón adornado con cuadros de buenas firmas.

Winston estaba de pie cerca de la puerta. Esperó a que todos se hubiesen sentado, y entonces dijo:

—No se han servido bebidas porque quizás ustedes no quieran quitarse las máscaras. Pero si alguno desea algo puede pedirlo libremente.

Nadie contestó. Winston esperó unos segundos antes de, tras una inclinación de cabeza, abandonar el salón. Entonces entró Nathan, cerró la puerta doble, y quedó apoyado con un hombro en ella, los brazos cruzados sobre el pecho. Aparte de los siete espías era la única persona que había en el salón.

Y los agentes secretos empezaron a mirar a todos lados y unos a otros desconcertados…

—Dama y caballeros —dijo una voz, de pronto—: ¿tienen la

bondad de mirar hacia el ángulo superior derecho de la pared, considerado desde la puerta?

Todas las miradas se dirigieron hacia el punto indicado.

Y todos supieron lo que era aquella pequeña lente negra orientada hacia el centro del salón: una cámara de televisión que, naturalmente, estaba funcionando en circuito cerrado.

—Han sido ustedes muy amables al aceptar la invitación de la WEK. Como jefe de ella, y en su nombre, les doy las más expresivas gracias a todos los que han asistido a la reunión…, y lo siento por los que no han podido o querido comprender que la información puesta en subasta vale la pena. Les ruego me perdonen por haberlos desarmado, pero mi única pretensión es evitar cualquier incidente. Por esta vez les suplico que se ignoren unos a otros, sea cual sea el que consiga llevarse la información objeto de subasta. Quisiera que entendiesen bien una cosa antes de empezar: la WEK habría podido hacer su juego de otro modo. O sea, vendiendo esa información, por separado, a todos los organismos que ustedes representan. Pero eso, aparte de arriesgado para mí, para la WEK, no resultaba, al mismo tiempo, remunerativo.

»Cierto que de cada uno de sus organismos podría haber obtenido una cantidad que, sumadas a las demás, diesen un buen guarismo. Pero eso era jugar sucio, y la WEK, que tiene intención de proseguir con sus actividades, no desea que ustedes obtengan esa mala impresión de ella en este primer contacto.

Esperamos que en un momento u otro todos ustedes sean en lo sucesivo clientes de la WEK, y para ello queremos jugar limpio.

La voz dejó de oírse. Durante la pausa los agentes secretos se miraron unos a otros, y Brigitte se imaginó los fruncidos ceños bajo las máscaras. Realmente a ella tampoco acababa de gustarle aquel sistema de entrevista, ya que, mientras la WEK los conocía a todos ellos, ellos ni siquiera veían a su representante.

Y resultaba incluso un tanto irritante estar allí, bajo control de televisión, completamente a merced del hombre de la WEK.

—Hay una cosa que también debe quedar claramente establecida desde ahora mismo: los señores Tomaso y sus criados no tienen absolutamente nada que ver con esto. Ellos han cobrado un alquiler por su villa, y eso es todo. La reunión hubiese podido ser en Francia, o en Rusia, por ejemplo. Agradeceré mucho a ustedes, en

nombre de la WEK, que consideren estas palabras y que, cuando la subasta haya terminado, prescindan de cualquier… futuro acercamiento a los señores Tomaso.

Otra pausa.

Desde luego los espías allí reunidos eran todos demasiado inteligentes para protestar ante aquel sistema de la WEK. Si así se hacían las cosas era que la WEK no quería hacerlas de otra manera, de modo que lo juicioso era callarse y esperar.

La voz prosiguió:

—Les explicaré, en primer lugar, en qué consiste la subasta… Es decir, lo que vamos a subastar. Reunir todo este material ha costado mucho tiempo y trabajo, incluso peligros y no digamos riesgos. Es evidente, pues, que pretendemos obtener de todo ello un gran beneficio, que esperamos consideren ustedes razonable dada la envergadura de la información.

Otra pausa.

Y de nuevo la voz:

—Dicha información está contenido en una docena de microfilmes que serán entregados al vencedor en la subasta. El contenido de esos microfilmes es el siguiente: un total de doscientos veintiún agentes espías que están operando en estos momentos en toda Europa. Todos ellos han sido localizados y fotografiados por WEK, de modo que en los microfilmes están también sus nombres y direcciones en diversas capitales: Roma, Londres, Moscú, Madrid, París, Bruselas, Budapest… En muchas ciudades. El lote de doscientos veintiún agentes vamos a desglosarlo de la siguiente manera: dos espías chinocomunistas, un sueco, cuatro belgas, diecinueve alemanes occidentales, treinta y cuatro ingleses, cuarenta y siete rusos, dieciocho italianos, veintiún franceses, treinta y seis americanos de la CIA, veintitrés americanos del FBI, siete checos y nueve húngaros.

Otra pausa.

—Me parece inútil hacerles observar lo importante de este lote de agentes. Aparte de quitar de la circulación a los suyos a fin de evitarles peligros diversos, el ganador de la subasta podrá controlar la red de espionaje en Europa durante bastante tiempo. Por dos motivos. Uno, que si los demás retiran a todos sus agentes el campo queda libre para los que pertenezcan al mismo organismo que el

vencedor. Dos, que si no los retiran a todos nunca sabrán cuáles son los que han sido localizados por WEK, de tal modo que esos agentes seguirán trabajando…, pero bajo el control del vencedor de la subasta. Eso, materialmente, pone en manos del vencedor todo el sistema de espionaje europeo. Y esto es lo que se subasta, señores. La puja se inicia con la cantidad de tres millones de dólares americanos. Ahora ustedes tienen la palabra.

NKVD, se puso violentamente en pie, mirando hacia el objetivo de la cámara de televisión.

—¡No puedo aceptar esto! —exclamó—. ¡Y tenga usted la seguridad de que si lo lleva adelante jamás podrá tener futuros tratos amistosos con la Unión Soviética!

La voz tardó unos largos segundos en oírse de nuevo, y entonces sus indicaciones no tuvieron nada que ver, aparentemente, con lo expuesto por NKVD.

—Nathan: ¿quiere abandonar el salón, por favor? Esto no tiene nada que ver con usted. Momentáneamente todas las miradas se volvieron hacia Nathan, que pareció encogerse un poco, sobresaltado. Sin decir palabra abrió las puertas y abandonó el salón, mientras los agentes secretos se miraban unos a otros y, sobre todo, al de la NKVD, cuya protesta no estaba precisamente fuera de tono.

La voz se oyó de nuevo pocos, segundos después:

—Veamos… ¿Cuál es su queja, NKVD?

—¿Mi queja? ¡La misma que pueden exponer todos los presentes…! Seis de nosotros vamos a salir perjudicados enormemente en esto… Hasta el punto de que me permito dudar que el vencedor logre salir con vida de esta villa una vez haya obtenido esos microfilmes.

—Usted depositó su fianza de asistencia, NKVD. Si la subasta no merece ahora su interés puede retirarse.

—¡La subasta merece mi interés! —Casi aulló el ruso—. ¡Merece mi mayor interés, igual que el de todos!

—Entonces temo no entenderle.

Deuxième Bureau se puso en pie, sosegado, alzando una mano.

—Creo entender a NKVD. Esa información obtenida por ustedes es altamente peligrosa… en todos los sentidos. No podemos saber quién va a ganar, pero de un modo u otro seis de nosotros vamos a

salir perjudicados. El séptimo es posible que jamás logre salir de Capri con los microfilmes.

—Esto está previsto, Deuxième Bureau. El ganador será el primero en abandonar Villa Lucia, recibirá los microfilmes, y entregará el dinero.

—Es una venta… maquiavélica —expuso Abwher—. Supongo que no esperará tener tratos futuros con los otros seis, después de esta jugada.

—¿Por qué no? Yo ofrezco algo que puede conseguir cualquiera de ustedes.

—Cierto. Pero siempre quedarán seis que no lo habrán conseguido.

FBI alzó una mano, sin moverse del sillón.

—Una propuesta mucho más… sensata sería la venta de esos microfilmes por separado, WEK: vender a cada uno sólo los agentes de su bando que han sido localizados por ustedes.

—Eso es muy sensato, FBI, en efecto. Pero poco interesante para WEK. ¿Cuánto pagaría usted por tener los datos de esos veintitrés agentes compañeros suyos destinados en Europa, a fin de poder retirarlos de la circulación?

—No sé… Pagaría un precio importante, desde luego.

—¿Tan importante como el que pagaría por doscientos veintiún agentes entre los cuales hay treinta y cuatro británicos, cuarenta y siete rusos, diecinueve alemanes, dieciocho italianos…? Tengan todos en cuenta que nosotros, la WEK, no vendemos vidas. Solamente el poder en Europa.

—Lo cual —gruñó NKVD— costaría a los seis perdedores el renovar todo el sistema de espionaje en este continente.

—Muy lamentable —admitió la voz de WEK duramente—. Pero WEK atiende exclusivamente a sus propios intereses. Los de ustedes no le importan en absoluto. En cuanto a usted, NKVD, si no le interesa la subasta puede abandonar la villa… hasta donde consiga llegar.

—¿Es una amenaza? ¡Usted está loco, sea quien sea! ¿Qué se ha creído? ¿Qué es la WEK? ¡Basura! ¿Pretende enfrentarse a la NKVD soviética, al MI5, al FBI, a la CIA…? ¡Usted está loco!

—Si la NKVD no tiene dinero para pujar será mejor que deje el campo libre. NKVD apretó los puños, alzó la cabeza, y dijo

fríamente:

—Cinco millones de dólares.

—¿Se ha resentido su amor propio, NKVD? Bien, cinco millones de dólares no está nada mal como primera puja. ¿Hay quien dé más?

—Cinco quinientos —dijo Deuxième Bureau.

—Magnífico. ¿Hay quien…?

—Seis —dijo FBI.

—Seis millones de dólares por los informes. ¿Alguien da siete?

—Diez millones —dijo CIA.

La cantidad, dicha en voz suave, plácida, dulce, pareció convertirse en un chorro de agua helada que alcanzase a los seis agentes secretos restantes. Durante unos segundos incluso la voz de WEK dejó de oírse.

Y luego:

—Dan diez millones, señores… ¿Alguien da doce? ¿Sí? Diga, NKVD.

—Pido una suspensión temporal de la subasta.

—¿Por qué motivo?

—Tengo que consultar algo. No estoy autorizado para ofrecer más de diez millones de dólares.

—Entonces retírese —dijo fríamente Brigitte.

—¡No pienso retirarme, ni permitir…!

—Cálmese —dijo WEK—. La petición de NKVD es razonable en cuanto a que WEK pretende obtener el máximo beneficio de esta operación. Además está ya previsto que alguno de ustedes deba comunicarse con sus enlaces enviados posiblemente a Capri, y que permanecen a la espera de acontecimientos. No crean que WEK ha pasado por alto ciertos detalles que podrían perjudicarla. Solamente se advierte que los microfilmes no están en la villa, y que, al menor intento por parte de alguno de ustedes para complicar el negocio de WEK, los microfilmes pasarán a poder de quien colabore en solucionar los problemas que WEK pueda tener. En todo caso si algo me ocurre a mí esos informes pasarán a poder de una nación que pueda perjudicarlos a todos ustedes. ¿Está bien claro?

—Está bien claro —convino NKVD—. ¿Puedo desplazarme a Capri?

—No. Nathan le entregará la radio de bolsillo que usted traía.

Con ella, y a distancia conveniente de Capri, póngase en contacto con su enlace. No quiero insistir en que cualquier acercamiento de persona o personas… sospechosas a Villa Lucia resultaría sumamente desagradable para todos. Incluso es posible que también para mí, ya que antes de caer en manos de ustedes debería suicidarme. Pero no olviden en ningún momento que eso no podrán impedirlo, y que si yo me suicido esos microfilmes causarán grave daño a todos ustedes, a sus servicios. Esto es todo por hoy. Nathan le llevará en el coche cerca de Capri, NKVD. Ahora tengan la bondad de esperar un minuto antes de salir. Gracias…, y buenas noches a todos.

El minuto transcurrió en silencio.

Luego NKVD fue hacia las puertas, las abrió, y llamó:

—¡Nathan!

El atlético muchacho apareció ante él, proveniente del patio central. Había estado sentado en el borde del estanque con surtidor.

—Diga, señor.

—Tiene que devolverme mi radio de bolsillo y llevarme cerca de Capri.

—Sí, ya lo sé, señor.

—¿Lo sabe? ¿Cómo es eso posible?

—Me lo ha ordenado él.

—¿Él? ¿Quién es «él»?

—El hombre que ha salido del cuarto cerrado —señaló hacia las únicas puertas que siempre habían permanecido cerradas—. Salió de ahí, vino hacia mí, y me dijo lo que tenía que hacer.

Los otros seis agentes rodearon a Nathan y a NKVD.

—¿Qué hay en ese cuarto? —preguntó Servizio Segreto.

—No lo sé… Cuando contrató la villa se reservó esa habitación. No sé más. La llave la tiene él.

—¿Cómo es ese hombre?

—No lo sé. Lleva la cabeza cubierta con una máscara parecida a la de ustedes.

—¿Hacia dónde ha ido?

—Todo lo que sé es que salió de la casa.

—Podríamos entrar en esa habitación —sugirió Abwher—. Parece que en esta ocasión tenemos intereses… comunes. Ese hombre es un loco.

—No tan loco —dijo secamente FBI—. Él sabe muy bien que ni uno solo de nosotros ha dejado de darse cuenta de la importancia de esos informes, de esos microfilmes.

—Quizá todo sea mentira.

—No lo creo. Estoy convencido de que esperan obtener no menos de veinte millones de dólares. Y no se juega con esa cantidad… No creo que ninguno de nosotros entregase el dinero sin haber obtenido ciertas garantías respecto a la autenticidad de los datos que contiene el microfilme.

Nadie dijo nada. Por unos segundos pareció que la conversación fuese a unirlos en causa común. Pero, loco o no, el hombre de WEK había ofrecido un bocado apetitoso a los colosos del espionaje mundial. Demasiado apetitoso para compartirlo o repartirlo con nadie.

—Creo que intentaré entrar en esa habitación —insistió Abwher.

—¿Dónde quiere que lo enterremos? —preguntó MI5.

—¿Enterrarme…?

—¿Cree que WEK ha dejado esa puerta al alcance de siete espías que saben abrir cualquier cosa? Si toca esa puerta va a quedar electrocutado, o saltará en pedazos… Cualquier cosa. Y lo mismo sucedería con la ventana… Ese hombre lo ha previsto todo. Lleva mucho tiempo pensando en este momento. Y nosotros estamos aquí hace menos de un día.

Todos se quedaron mirando hoscamente aquella puerta. Pero las palabras de MI5 no podían ser más acordes con los pensamientos de todos. Ciertamente, suponer que WEK había fallado en una cosa tan simple era absurdo.

NKVD fue el primero en moverse, alejándose con Nathan hacia la salida de la casa.

Brigitte fue la segunda, dirigiéndose hacia la escalinata que conducía a la galería donde todos tenían su habitación. Suponía que ya tendría allí la cena esperándola… Luego, todo lo que podría hacer sería dormir, descansar…

Y pensar.

Porque la subasta había empezado…, y prometía ser interesante y hasta peligrosa.

Capítulo V

Después de cenar Brigitte se había dedicado a examinar su equipaje. Aunque pequeña, aún le quedaba la esperanza de que algo de su equipo hubiese pasado desapercibido a los ojos de la WEK.

Esperanza fallida.

El equipaje había sido registrado tan concienzudamente que era fácil comprender que quien lo había hecho no era un novato en aquellas cuestiones. No quedaba ni un solo aparato o truco: arsénico, encendedor con cámara para microfotos, la pequeña radio, la pistola… Todo había desaparecido. Pero no habían causado el menor desperfecto. Había sido hecho todo con una limpieza y pulcritud reveladoras.

Esa era la palabra: reveladora.

Para conseguir aquello con tal limpieza hacía falta una profunda experiencia, unos grandes conocimientos de espionaje. La pregunta lógica que tenía que acudir a la mente de Brigitte Montfort era la siguiente: ¿era la WEK, efectivamente, un organismo privado, autónomo, absolutamente independiente?

¿O era un nombre fácilmente inventado bajo el cual estaban los intereses de una poderosa maquinaria de espionaje? ¿FBI? No, no… ¿MI5? Posiblemente tampoco. ¿NKVD?

Esta última sigla dejó pensativa a la divina espía.

Recordó el calor, la furia con que NKVD había protestado contra aquel plan tramado por la WEK. Y luego recordó también que el único agente secreto que se había alejado de la villa después de la reunión había sido el agente ruso…

Pero por otra parte… ¿por qué no admitir que podía existir realmente una organización llamada WEK, que trabajaba por su cuenta, que sólo buscaba un beneficio económico cayese quien cayese? De un modo u otro lo cierto era que ella se encontraba completamente desarmada en todos los sentidos: sin trucos, sin

armas, sin radio, poco menos que prisionera en Villa Lucia…

La llamada a la puerta la obligó a volver vivamente la cabeza hacia allí. Cerró la maleta y la guardó en el armario, se puso la máscara, y fue hacia la puerta.

—¿Quién es?

—Nathan, señorita CIA. Vengo a recoger el servicio de la cena.

Brigitte abrió la puerta, y Nathan quedó visible ante ella, siempre atractivo, tranquilo, casi sonriente.

—Pase, Nathan.

—Gracias… ¿Ha terminado usted?

—Sí, sí… ¿Es camarero ahora?

Los anchos hombros del chófer se encogieron.

—Un hombre puede ser muchas cosas, señorita CIA. ¿Ha quedado satisfecha?

—Naturalmente. ¿Por qué?

—Oh, yo… tenía entendido que el almuerzo no fue de su gusto.

—La cena sí. ¿Querría decirle a Winston que todo ha sido perfecto?

—Gracias en su nombre —sonrió el apuesto deportista—. ¿Puedo llevármelo todo?

—Menos a mí —rió Brigitte.

—Lo cual es precisamente…

Una vez más Nathan se contuvo. Se dirigió a la mesita, recogió el servicio, y cuando iba a volverse se encontró a Brigitte junto a él, muy cerca.

—Tiene una fea costumbre, Nathan —musitó dulcemente la divina—: interrumpirse justamente cuando está a punto de decir cosas agradables.

—Ya le dije que no creo admisible por mi parte exponer opiniones… personales.

—Y yo le dije que me encantaban esas opiniones personales. ¿Iba a decir que precisamente lo que le gustaría era llevarme a mí?

—Temo que eso es lo que iba a decir.

—¿Lo teme? Oh, vamos, no sea tan… tan serio y circunspecto. Usted, a fin de cuentas, no sabe lo que yo podría opinar respecto a eso.

—Lo imagino.

—Pues se pasa de listo.

—Siempre ocurre lo mismo. Uno se cree muy listo, y de pronto un día conoce a siete personas que, incluso en los más pequeños detalles, le demuestran a uno que son… excepcionales. ¿Puedo confesarle que envidio a usted y a esos seis hombres?

—¿Nos envidia? ¿Por qué?

—Por su inteligencia. Por su astucia, quizá. Creo que cada uno de ustedes siete sabe lo que tiene que hacer en cada momento, por nueva o difícil que sea la situación en que se encuentren. Eso no es fácil para un hombre como yo.

Brigitte sonrió, le echó los brazos al cuello, y le besó dulce y brevemente en los labios.

—Como ves, Nathan, la inteligencia no lo es todo.

—Ya veo que no. ¿Puedo saber por qué todo esto?

—Por nada.

—¿Por nada?

—Exactamente por nada. ¿Te molestará si vuelvo a besarte?

—Estoy seguro de que no.

Brigitte volvió a besarle, ahora un poco más largamente. Cuando dejó de hacerlo murmuró:

—También este beso es por nada, Nathan.

Él la miró intensamente.

—No lo creo… Nada es por nada, señorita CIA. Cuando damos algo siempre esperamos una cosa a cambio.

—Ah… ¿Y qué crees que puedo esperar yo?

—Información.

—¿Sobre qué cosa?

—Tú sabes… Usted sabe que yo he acompañado a NKVD hasta cerca de Capri, y que él ha llamado allá, con su radio, a un enlace… Ahora usted quiere saber lo que NKVD ha estado hablando con ese enlace.

Brigitte frunció el ceño.

—¿Eso crees de mí?

—Sí… Eso… eso es lo que creo.

—Entonces temo que voy a decepcionarte. No pienso preguntarte nada al respecto… ¿Qué pueden haber hablado NKVD y sus enlaces que mi imaginación no pueda concebir? Le habrá pedido que se ponga en contacto con quien puede autorizar una puja superior a los diez millones de dólares, o quizás, hablando en

ruso, le haya pasado alguna pequeña información respecto a lo que está sucediendo en Villa Lucia… Eso no es nada, querido.

—¿No ha estado intentando… convencerme para que se lo diga todo?

—Ni mucho menos. Es más, lo que puedas decirme sobre NKVD no me interesa… Y te diré por qué: seguramente conocer sus movimientos sólo haría que confundirme. En esta ocasión no necesito colaboraciones extraordinarias.

—Entonces ¿por qué…?

—Ya te lo he dicho: por nada.

—Bien… Quizá deba creerla.

—Serás tonto si no lo haces. Porque lo que ha empezado puede… durar tiempo.

—Lo entiendo… Y creo haber entendido también que alguien ha pujado hasta diez millones de dólares. Brigitte sonrió burlonamente.

—Un agente insensato: yo.

—¿Usted ha subido hasta esa cantidad?

—Así es. ¿Te parece mucho dinero?

—Bueno, no demasiado, es cierto. Pero creo que es una cantidad que podría acercarse a la precisa para solucionar los problemas de algún país.

La divina espía alzó las cejas, en verdad sorprendida.

—¿Es una broma? ¿Estás… insinuando que con diez millones de dólares podría un país solucionar sus deudas?

—Es mucho dinero, ¿no?

—¡Querido, diez millones de dólares no es nada para Estados Unidos…! ¡Ni siquiera para la CIA! —rió Brigitte.

—Oh, pues… Bueno, no sé… Yo creía que veinte millones, por ejemplo, podrían solucionar muchas cosas en un país… Bueno, soy un poco tonto, claro… Ya le he dicho que mi inteligencia no puede compararse a la de ustedes. Había pensado…

Brigitte se sentó en la cama, interesada, sonriendo amablemente.

—Sigue, querido, sigue.

—Bueno… Claro, para un país como Estados Unidos diez millones de dólares… o incluso veinte, no es nada. Pero… imaginémonos un país pequeño… Pequeñito. Un país centroamericano, por ejemplo, cuya población sea de tres millones de personas… ¿Puede imaginárselo, señorita CIA?

—¿Por qué sigues llamándome así?

—Porque no quisiera acostumbrarme a hacerlo de otra forma y luego equivocarme delante de todos.

—Muy prudente. Está bien, Nathan, me imagino ese pequeño país centroamericano de tres millones de habitantes. ¿Y ahora…?

—Imagínese veinte millones de dólares para esos tres millones de habitantes…

—También es fácil imaginarlo —sonrió la hermosa—. Creo que el reparto sería de unos… siete dólares por cabeza. Francamente, no me parece demasiado dinero.

Nathan quedó como desilusionado. Se rascó la coronilla lentamente, pensativo. Cuando habló estuvo claro que su imaginación no se daba por vencida:

—Bueno, ese dinero, en lugar de repartirse tan matemáticamente, podría ser empleado en obras de interés nacional…

—Esa idea parece más astuta —sonrió Brigitte—. ¿Qué entiendes tú por obras de… interés nacional?

—No sé… Escuelas, por ejemplo.

—Escuelas. Bien. ¿Qué más?

—Pues… Demonios, no sé… Quizás ese país necesite un par de presas para construir centrales hidroeléctricas. Eso costaría… Vaya, no tengo ni idea, pero imagino qe mucho…

—Pongamos seis millones de dólares… No. Ocho. Pongamos ocho millones de dólares. Quedan doce, ¿no? ¿Qué harías con esos doce?

—Pues ya le he dicho: escuelas… ¡Y también podrían construirse una buena cantidad de kilómetros de carreteras… y comprar media docena de pesqueros…, y construir canales para regadío que abarcasen toda la nación…!

Brigitte tomó un cigarrillo, lo encendió, y se quedó mirando amablemente a Nathan.

—Creo que has gastado los veinte millones de dólares, querido… ¿Y ahora?

—Pues… todo el país saldría beneficiado. Habría escuelas, trabajo para todos, se podría exportar electricidad, energía… Creo que con veinte millones de dólares podría conseguirse todo eso en un país pequeñito… ¿No?

—Pues sinceramente, no lo sé, Nathan.

El atlético chófer volvió a rascarse la coronilla.

—Hasta quizá quedasen unos pocos dólares para pagar los servicios de técnicos en investigaciones petrolíferas. Y si salía petróleo, pues… Bueno, entonces seguro que ese país sería rico muy pronto. Y en tal caso tendríamos que, con veinte millones de dólares, que tan poco significan para Estados Unidos, o Rusia, o Inglaterra, o Francia…, ese pequeño país sería rico, próspero… y feliz. Feliz. Eso es lo verdaderamente importante.

Brigitte se quedó mirando la brasa de su cigarrillo.

—Tu filantropía es enternecedora. Ahora contesta a una sola pregunta: si tú tuvieras esos veinte millones de dólares… ¿los entregarías a esa pequeña nación?

—¡Claro que no! —exclamó Nathan—. Lo que he dicho ha sido como una muestra de lo que podría conseguirse con veinte millones de dólares. Pero si yo los tuviese no daría ni un centavo a nadie. Bueno, quizá sí diese algunos miles de dólares a algunas personas… A pocas personas.

—Por un momento creí que eras un hombre admirable —rió Brigitte—. Pero ahora veo que eres absolutamente humano.

—¿La he decepcionado con mi naturaleza… absolutamente humana?

Brigitte emitió un simpático suspiro.

—No. La verdad es que no. Tus palabras, tus ideas, han sido muy bonitas. Pero desgraciadamente nadie que tenga veinte millones de dólares busca una pequeña nación pobre para regalárselos. Es triste, pero cierto. Aunque…

Nathan la miró muy interesado.

—Diga, señorita CIA.

—Estaba pensando que si yo tuviese disponibles veinte millones de dólares es posible que hiciese eso que tú has dicho.

—¿También por nada? —sonrió Nathan.

—Por nada. Nathan, quiero que estés convencido completamente de una cosa: cuando Brigitte Montfort da algo nunca espera recompensa. Lo da o no lo da…, pero si lo da es gratis.

—¿Como… los besos?

—Como los besos…, por ejemplo.

—Entonces usted es increíblemente generosa. Y muy humana. Incluso diría que es… buena, bondadosa.

—¿A pesar de ser una espía? —rió ella.

—Eso es lo que me sorprende —admitió sinceramente Nathan—. ¿De verdad no quiere que le diga lo que pude oír del mensaje de NKVD a su enlace de Capri?

—De verdad. Y te diré algo más: me gustaría que venciese en esta estúpida subasta la persona que más lo mereciese. Claro que eso resulta difícil…, casi imposible de saber. Pero me gustaría que así fuese. Por eso soy espía.

—¿Por eso? No la entiendo.

—Quiero decir que a veces hago las cosas a mi manera. En todo momento me rijo por un… código especial que yo misma he inventado. Dar a cada cual lo que merece. Castigar al malo, premiar al bueno… ¿No te parece una actitud un poco ingenua para una espía?

Nathan estaba en verdad sorprendido. Estuvo unos segundos silencioso, mirando con toda atención los enormes ojos azules.

—Señorita CIA —susurró al fin—: ¿en verdad está usted siendo sincera ahora?

—Por supuesto. Quisiera que comprendieses que ser un espía no significa forzosamente ser un malvado. No para mí, al menos.

—¿Usted no sería capaz de matar?

—He matado —admitió sombríamente Brigitte—. Pero también he amado.

—¿A mí… me ha dado lo que merecía?

—Mi opinión es que sí —sonrió tristemente Brigitte—. Pero lo malo que tengo como espía es que confío en una persona, en unos ojos, en una expresión… Creo ver lo que hay en el corazón de una persona. A veces me he equivocado.

Nathan movió la cabeza, perplejo.

—Usted está destruyendo todo lo que yo creía que era un espía. Y no sé si alegrarme o lamentarlo.

—Puedes dedicarte a pensarlo. Quizá mañana hayas encontrado la respuesta.

—¿Quiere decir que debo marcharme ahora?

—Por hoy sí.

Nathan asintió, tomó con una mano la barbilla de Brigitte, la

alzó, y la besó una vez más en los labios. Luego se quedó mirando intensamente los ojos de la espía.

—Verdaderamente tengo algo en qué pensar esta noche. Y quizá mañana, si todavía está aquí, quiera escuchar lo que he pensado.

—Sí, Nathan.

El chófer apolíneo recogió otra vez la bandeja y se dirigió hacia la puerta. La abrió, se volvió, y sonrió con una expresión nueva para Brigitte.

—Felices sueños, CIA.

—Felices sueños, Nathan. Y si alguna vez me sobran veinte millones de dólares tú y yo haremos algo… importante.

Capítulo VI

La segunda sesión para la subasta de tan importantes microfilmes tuvo lugar a las once de la mañana siguiente, de nuevo reunidos todos en el salón, de nuevo bajo la mirada de aquel objetivo de televisión que llevaba las imágenes de todos a un lugar que desconocían pero que parecía ser la habitación contigua, aquella que siempre permanecía cerrada.

Los siete agentes, solos ante la cámara, se enfrentaron de nuevo a aquella voz seca, inflexible, del jefe de la WEK, cuyo objetivo, bien claro estaba, era conseguir el máximo dinero posible como pago a la labor realizada en descubrir nada menos que un total de doscientos veintiún agentes secretos en Europa.

—Buenos días, dama y caballeros… Espero que hayan descansado bien, y…

—Ahórrese cortesías hipócritas —cortó Abwher—. Sabemos que el descanso nuestro no le interesa en absoluto.

—Así es —admitió secamente WEK—. Sin embargo, no veo que debamos dejarnos llevar del mal humor o la descortesía sólo porque las cosas no salgan a nuestro gusto.

—Según parece —deslizó Servizio Segreto— están saliendo solamente a gusto de ustedes. O de usted.

—De la WEK —puntualizó la voz—. De todos modos opino que ustedes no son espías corrientes… Deberían estar mejor preparados para reprimir sus… poco propicios estados de ánimo.

—Entienda esto, WEK —dijo fríamente FBI—: si nos apura demasiado es posible que lleguemos a un acuerdo entre nosotros. En tal caso el único perjudicado sería usted.

—No llegarán a un acuerdo —rió WEK—. De eso estoy seguro. El asunto no admite componendas o arreglos especiales… Conozco bien los servicios secretos de algunos países, sé cómo trabajan, cuáles son sus ambiciones, sus proyectos… No. Ustedes no llegarán

a ningún acuerdo, estoy seguro.

—Sería conveniente para usted que no lo estuviese tanto —apuntó Deuxième Bureau.

—¿Por qué discutir? —cortó MI5—. Yo creo que lo mejor es que prosiga la subasta. Si hemos de llegar a un acuerdo entre nosotros más adelante ya lo decidiremos a su debido tiempo.

—No habrá acuerdo entre ustedes —insistió WEK.

—En cuyo caso —intervino Brigitte— es presumible que resulte cierto lo de que el vencedor de la subasta sea… exterminado por los demás.

—¿Cómo podrían hacerlo, señorita CIA, si para la entrega de los microfilmes usted y yo saldríamos de la villa los primeros, y nuestros vecinos no sabrían adónde, ni disponen de medios para seguirnos?

—El modo de eliminar la competencia es muy sencillo —dijo sardónicamente NKVD—: basta estar en la subasta, saber quién la ha ganado, y eliminarlo antes de que salga de aquí… ¿No se le ha ocurrido esto tan simple?

—Es simple, sí, y muy estúpido a la vez. Si hacen eso ninguno de ustedes confiaría en los otros. Lo que ocurriría, finalmente, sería que se matarían unos a otros… En cuyo caso yo lo notificaría a las partes pertinentes… y solicitaría el envío de agentes mejor… preparados.

—Es una buena idea —dijo FBI—. Pero lo cierto es que el vencedor de la subasta estará en peligro.

—También he pensado en eso durante esta noche. Pero de momento estimo no conveniente la exposición de mi nuevo plan… Veamos… Si no recuerdo mal, anoche CIA ofreció diez millones de dólares por los microfilmes… ¿Hay quien dé más?

Deuxiéme Bureau se puso en pie, un poco vacilante.

—Diez y medio.

—No es mucha subida, Deuxième Bureau. Pero es subida, al fin y al cabo… Bien. Son diez millones y medio ahora. ¿Nueva subida?

—Once —dijo Abwher.

—Bien, ya son…

—Doce —cortó Servizio Segreto.

—Doce. Espero que la cuenta siga aumentando… Temo, caballeros, que no se dan perfecta cuenta de la importancia de tales

informes. Están ustedes escatimando centavos, regateando la posibilidad de ser los dueños de toda Europa en sus servicios de espionaje… Han dicho doce millones de dólares.

—Quince —dijo MI5.

—¡Quince millones! Es la mejor postura, difícil de superar…

—Diecisiete —dijo Brigitte.

—¡Diecisiete millones de dólares! Veo que van comprendiendo la auténtica importancia del asunto. Pero observo que NKVD no ha hecho ninguna oferta esta mañana… ¿Debemos entender, NKVD, que no ha obtenido permiso para pujar más arriba de diez millones de dólares?

NKVD se puso en pie, esperó unos segundos para que la cosa estuviese clara, y dijo:

—Veinte millones.

Hubo un completo silencio durante unos segundos. Luego, un tanto alterada, se oyó de nuevo la voz de WEK:

—El precio por doscientos veintiún agentes secretos empieza a ser razonable…, yo diría, para ser exacto que «empieza» a ser razonable. Veinte millones de dólares es el último número nombrado. Sin embargo, estoy convencido de que alguien dará más…

Deuxième Bureau se puso en pie.

—Ahora soy yo quien solicita el aplazamiento de la subasta. Debo consultar.

—¡Ya basta de consultas! —exclamó NKVD—. Se ha dicho veinte millones, y hay que saber si se pueden pagar o…

—Ruego a NKVD que guarde silencio —cortó la voz de WEK—. Y que recuerde que anoche se aplazó la subasta en beneficio suyo.

—¡Pero así no vamos a terminar nunca! —Gruñó el ruso.

—Es cierto. Primero fue usted quien pidió un aplazamiento, ahora es Deuxième Bureau, a la tarde sería Abwher, o CIA… Y mañana otro de ustedes… No nos interesa a ninguno de nosotros prolongar esta reunión. Por lo tanto, si me lo permiten, voy a exponerles mi nuevo sistema de subasta. Por favor, siéntense todos y atiendan.

WEK fue obedecido a regañadientes. Estaba bien claro que los nervios de todos no se mostraban todo lo firmes que era deseable en una reunión de aquel tipo, tan extraordinaria y peligrosa a la vez.

La voz brotó otra vez:

—Anoche NKVD pidió permiso para consultar, y le fue concedido. Esta mañana ha sido Deuxième Bureau. A la tarde, o mañana por la mañana, sería otro de ustedes… Yo he encontrado la solución a esto. Teniendo como base de partida la última cifra mencionada, o sea, veinte millones de dólares, se trata de saber hasta qué cantidad están dispuestos a llegar cada uno de ustedes. Para evitar sucesivas consultas propongo lo siguiente: todos y cada uno de ustedes van a llegar con el coche conducido por Nathan hasta las cercanías de Capri. Todos y cada uno de ustedes podrán ponerse en contacto con sus enlaces, utilizando sus respectivas radios de bolsillo. Entonces pregunten a esos enlaces hasta cuánto están dispuestos a pagar por esos microfilmes. Sabido esto, irán regresando, siempre de uno en uno, ya que Nathan los llevará en sucesivos viajes…

—Todo será lo mismo —cortó Abwher—. Cuando cada uno haga su oferta definitiva y otro aumente, aunque sean cien mil dólares, los demás no querremos darnos por vencidos, y querremos, en cambio, volver a consultar…

—No habrá opción a nuevas consultas.

—Pues no me parece una buena solución, debo decirlo.

—Es bastante buena, Abwher. Lo comprenderá si me deja terminar.

—Termine —refunfuñó Abwher.

—Bien… Como decía, cada uno de ustedes regresará con conocimiento de la cifra máxima que puede mencionar en su oferta. Entonces los iré recibiendo de uno en uno, escucharé sus ofertas, y venderé los microfilmes a quien haya hecho la oferta más alta. Y, sea quien sea de ustedes el que haya hecho esa oferta, los demás no se enterarán. Simplemente entraré ya en tratos definitivos con el vencedor de la subasta… Cuando los demás quieran enterarse ya será tarde. Habrán perdido, la WEK tendrá su dinero, y el vencedor se habrá marchado con los microfilmes. Los que quedarán aquí serán los seis restantes. ¿De acuerdo?

—Sigue pareciéndome una cochinada —masculló NKVD.

—Lo siento, pero es mi última palabra. Ahora pueden descansar un par de horas, almorzar, y establecer el turno que quieran, pero les ruego que a las siete estén todos de vuelta a fin de, a las siete y

media, proceder a la última subasta. Esperen un minuto y salgan, por favor. Gracias y hasta la tarde.

Esperaron todos el minuto, en silencio. Incluso más tiempo; por el momento no pensaban actuar de modo directo, ya que de nada podía servirles… ¿Qué iban a ganar viendo a WEK, en el supuesto de que lo consiguiesen? Parecía un hombre fantasma, capaz de desaparecer en un palmo de terreno…

Brigitte ni siquiera se movió cuando los demás empezaron a salir. Permaneció en la butaca no menos de diez minutos, reflexionando. Por fin abandonó el salón y subió lentamente las escaleras hasta la galería, caminando hacia el cuarto en cuya puerta se veía el cartelito CIA.

Pero se detuvo antes frente a la puerta que ostentaba el correspondiente a FBI. Miró a ambos lados de la galería y llamó quedamente con los nudillos, al tiempo que acercaba su boca a la juntura de la puerta.

—Soy CIA. Abre.

La puerta se abrió inmediatamente, y el hombre cubierto con la máscara señaló al interior. Brigitte entró rápidamente, y FBI cerró de nuevo con llave.

Se volvió hacia la hermosa y preguntó:

—¿Necesita la ayuda de un compatriota?

Brigitte se quitó la máscara, dejando al descubierto su sonriente rostro.

—¿Cómo estás, Clarence? —saludó—. Creo que hace casi un año que no nos vemos, ¿verdad? FBI encogió los hombros y se quitó la máscara.

Efectivamente, el duro rostro bronceado era el de Clarence Hadaway, el inteligente inspector especial afecto a las órdenes directas de John Edgar Hoover, director del FBI. Clarence Hadaway hablaba doce idiomas, era un experto en cualquier clase de armas y de lucha a manos limpias, y su astucia era como un talismán que lo convertía en invencible, hasta el momento, en cualquier misión que le hubiera sido encomendada.

—Debí suponer que me reconocerías —dijo con leve sonrisa.

—Tardé un poco —sonrió más ampliamente Brigitte—. ¿Me reconociste tú a mí?

—Desde el primer momento, querida espía. Claro que mi mérito

es menor, ya que tu físico resulta inconfundible.

—Oh… ¿Quiere eso decir que me encuentras… hermosa…, diferente a las demás?

—Así es. Pero te ruego que no coquetees conmigo. Sabes que no vas a obtener resultados, Brigitte.

—¿No somos amigos? —protestó ella.

Hadaway la miró serenamente, fijando con profundidad sus oscuros ojos en los azules de la divina.

—Amigos, sí. Buenos amigos, es cierto. Pero no busques nada más en mí.

—Lo sé —susurró ella—. Era sólo… una broma. Sé que tu herida no cicatrizará jamás.

—¿Puedo rogarte que cambiemos de tema?

Brigitte asintió dulcemente.

—Perdóname, Clarence.

—Estás perdonada. Pero no hablemos más del asunto… nunca. ¿Te parece bien?

—Desde luego —sonrió nuevamente Brigitte—. ¿Cómo se te presenta la subasta?

—Mal. Todos sabemos que los rusos son quienes más dinero gastan en espionaje. Incluso más que la CIA, según se dice… ¿Es cierto eso?

—¿Me estás sonsacando?

—Lo intentaba. ¿Cuánto crees que podrás ofrecer?

—No tengo ni idea. Me dieron una cifra y…

—¿Diez millones?

—Sí.

—Entiendo. Y anoche quisiste cortar por lo sano, ¿no es eso?

—No se te escapa nada. Dime una cosa: ¿no pensabas saludarme?

—Más adelante, quizá. No pienso perjudicarte… físicamente, pero espero que entiendas que estamos frente a frente. Lo cual es, desde luego, una majadería.

—Eso creo yo. Pero en general un agente de la CIA y uno del FBI se consideran como rivales. Por mucho que se aprecien personalmente… ¿Cuánto puedes tú ofrecer, Clarence?

—Ocho millones —sonrió duramente Hadaway—. No es demasiado, ¿verdad?

—Pues… No. No es demasiado. ¿Por qué continúas aquí si ya ha sido rebasada tu cantidad tope? Clarence Hadaway se quedó mirando como absorto el cigarrillo que había encendido.

—En primer lugar, creo que me resultaría un poco difícil marcharme antes de que termine la reunión de un modo total para todos. En segundo lugar estoy esperando que la basura salga a la superficie.

—¿La… basura?

—Por supuesto —la miró irónicamente—. No me digas que estás creyendo que todo esto es… juego limpio. Hay mar de fondo, y creo que todos los que estamos aquí lo sabemos. Viéndote a ti por parte de la CIA, y estando yo por parte del FBI, podemos hacernos una clara idea de la clase de agentes que habrá enviado Rusia, Inglaterra, Francia, Italia y Alemania Occidental. Supongo que, sin falsa modestia, podemos admitir que somos de lo mejorcito.

—Por mi parte, admitido —rió Brigitte—. ¿Qué clase de juego te parece que estamos jugando?

—Ni idea. De veras. Pero es juego sucio. Alguien nos hará la gran jugada sucia, eso es seguro. O, por lo menos, lo intentará.

—¿Conoces a alguno de los otros?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Tenía la esperanza de que estuviese Fantasma por el MI5, pero no es él.

—¿Quién es Fantasma?

—Un amigo —sonrió Brigitte—. Bien, Clarence, yo he venido a hacerte una proposición: luchemos juntos.

—¿Juntos? Bien… Eso sería lo lógico, ya que, primordialmente, los dos defendemos los… intereses de Estados Unidos. Pero me pregunto cómo podemos luchar juntos.

—Juntemos el dinero que nos asignen a cada uno. Sumemos el dinero que esté dispuesto a gastar el FBI y el que esté dispuesta a gastar la CIA. Esos microfilmes serán para nosotros.

—Es posible. ¿Y luego?

—Podemos obtener copias… Las que queramos. Los dos podemos llevar la información a Estados Unidos.

Clarence Hadaway quedó pensativo durante casi un minuto, fumando… Por fin alzó la cabeza y miró atentamente a Brigitte.

—Es una buena idea.

—¿Aceptas?

—No del todo. En principio sí, pero me reservo la respuesta definitiva. Tú puedes hacer lo mismo. Oigamos antes lo que tengan que decirnos nuestros enlaces. Luego ya veremos.

—¿No te parece que la WEK ha sido muy lista al saber que tendríamos enlaces en Capri? Clarence Hadaway encogió despectivamente los hombros, en un gesto inusual en él.

—Era natural que sospechase eso. Es pura rutina, querida. Lo sorprendente es lo bien organizados que están… ¿A cuántos hombres has visto tú, aparte de los cinco personajes de la villa?

—A ninguno.

—Igual que yo… Sí, están muy bien organizados. Y eso es lo que no me gusta. Yo diría que son… profesionales del espionaje con gran experiencia, astucia, dotes de previsión… Te aseguro que no me gusta nada. ¿Tienes algún arma?

—¿Te preocupas por mí? —sonrió Brigitte.

—Más que por mí. Sé que puedo salir de cualquier apuro, por inesperado que sea. Pero tú eres una mujer, y eso significa que algunas situaciones sólo puedes resolverlas con una pistola.

—¿Qué situaciones, por ejemplo?

—Pelear contra tres hombres, abrir una puerta, atacar… Creo que deberías admitir que tienes ciertas… limitaciones.

—Espero que estés cerca de mí en esos momentos de grave peligro.

—Sé que te estás burlando, pero lo intentaré. Si te encuentras en un apuro, procuraré ayudarte. ¿Algo más?

—No… ¿Quieres quedarte solo?

—Me agrada tu compañía, y tú lo sabes. Y supongo que no te habrán visto entrar, y que te las arreglarás para salir sin que te vean… Pero no tardarán en traernos el almuerzo, y creo más conveniente que cada uno esté en su habitación.

—De acuerdo, espía genial —sonrió Brigitte—. Ya nos iremos viendo.

Se dirigió hacia la puerta, y cuando tenía la mano en el pomo Hadaway llamó:

—Brigitte.

—¿Sí, Clarence?

—No nos engañemos: si yo consigo esos microfilmes por mis

propios medios no cuentes con que te entregue copias de ellos.

—Lo mismo digo, querido —sonrió la divina—. Sin embargo, espero que podremos hacer juntos el viaje de vuelta.

Clarence Hadaway se permitió una sonrisa.

—Prometido. La verdad es que hace tiempo que sentía deseos de visitarte en Nueva York, pero…

—Oh, ya sé… Mucho trabajo. Charlaremos en el avión… Y quizás incluso te decidas a visitarme en mi apartamento de Nueva York, donde estaremos más cómodos y paladearemos una copa de champán.

—¿Con guindas?

—Con guindas —le envió un besito Brigitte—. Buena suerte, Clarence, querido…

Capítulo VII

Cuando sonó la llamada a la puerta Brigitte ya estaba preparada. Había visto regresar a Nathan acompañando a Deuxiéme Bureau, y ahora, indiscutiblemente, era su turno, ya que la habían dejado para el último. Esto había sido una «delicadeza» de los invitados masculinos, que arguyeron que mientras ellos se dedicaban a viajar bajo el tórrido sol ella podía dormir una breve siesta. Y así había sido. Después del almuerzo Brigitte había reposado y dormido no menos de una hora. Se sentía bien dispuesta, fresca, lista para el último contacto con su enlace… El último y el primero, que lo decidiría todo.

Desde luego era poco probable que alguno de los servicios de espionaje emprendiera cualquier acción violenta. La amenaza de que los microfilmes no estaban en la villa y que, en el caso de ocurrirle algo al representante misterioso y todavía no visto de la WEK, tales microfilmes irían a parar a manos del servicio secreto de un país que no sería ninguno de los siete representados, obligaba a los espías a portarse con astucia llena de prudencia.

Podía ser verdad y podía ser mentira. Pero el riesgo era demasiado grande.

Brigitte abrió la puerta y se quedó mirando, sonriente, al acalorado Nathan, que llevaba ya seis viajes bajo el sol. Se veía un poco cansado y polvoriento, pero, sin duda, cinco millones de liras era un buen pago por todas aquellas molestias.

—¿Llegó mi turno, Nathan?

—Por fortuna. El último viaje, señorita CIA. ¿Está lista?

—Oh, sí… ¿Tienes mi radio?

—Me la ha entregado al devolverle la de Deuxième Bureau.

—¿Te la ha entregado? ¿Quién?

—El hombre de la WEK.

—¿Lo has visto?

Nathan alzó las cejas, como sorprendido.

—Claro… Lo estoy viendo toda la tarde. Va entregándome las radios una a una, cuando le devuelvo la anterior.

—¿Cómo es ese hombre?

—Siempre lleva la máscara, ya se lo dije.

—Ya sé… Me refiero a que tendrá alguna característica especial, ¿no? ¿Es alto, bajo, gordo, flaco…, joven, viejo…?

—Es alto… Y parece fuerte. —Nathan reflexionó unos segundos —. Y juraría que es joven, porque se mueve con seguridad, muy ágil.

—Estás haciendo un buen trabajo para él.

—De lo cual me alegro, porque me ha asegurado que en lugar de cinco millones de liras piensa darme diez, si todo acaba como él piensa.

—¿Y cómo piensa él? Supongo que te lo habrá dicho a ti, que eres el único que lo ha visto, el único en el que parece confiar.

—Mi suerte ha sido ser chófer. Así que, mientras Winston y Pokoulos se dedican a la cocina y otros detalles en la villa, yo tengo que moverme más… Él me necesita, y paga bien. Mi único temor es que más adelante los espías aquí reunidos decidan tomar… represalias contra mí.

—No lo creo.

—Pues yo sí. No olvide que yo conozco los rostros de ustedes siete. Y la verdad…, no estoy muy tranquilo cuando pienso en eso.

Brigitte tomó una mano a Nathan, y tiró de él, obligándole a entrar en la habitación. Cerró la puerta y echó los brazos al cuello del preocupado chófer.

Le besó en los labios, lentamente, y luego susurró sonriendo:

—¿Tienes miedo?

—Un poco. Y he pensado… Bueno, es posible que pueda arreglármelas para… desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Así es. He conseguido algo que a mí mismo me sorprende, y creo que voy a sacar partido de eso.

La espía se apartó un poco de Nathan, y estuvo mirándole fijamente, pensativa, durante unos segundos.

—Creo que no te entiendo —murmuró.

Nathan parecía más y más nervioso. Se pasó la lengua por los

labios y miró a todos lados, como si temiese que alguien les estuviese espiando, cosa muy lógica en aquel ambiente y con aquellos personajes.

—Tienes que ayudarme, Brigitte… Y al mismo tiempo creo que yo podré ayudarte a ti. Pero no hablemos aquí… Creí que nunca llegaría tu turno… Vamos al coche, y hablaremos por el camino.

—De acuerdo. Estoy intrigadísima… ¿Sobre qué vamos a hablar?

—Sobre unos microfilmes.

—¿Sobre unos… microfilmes? ¿Qué sabes tú de eso?

—He oído lo suficiente. Además, yo… Bueno, creo que puedo confiar en ti, si es cierto que… que haces siempre lo que consideras justo.

—Es cierto.

—Te creo… Yo estuve oyendo a través de la puerta… Sé lo que está ocurriendo… Bueno, aproximadamente nada más. ¿Recuerdas que este mediodía yo no estaba en el patio del surtidor cuando salisteis del salón?

—Yo no te vi… Pero salí la última. Quizá los demás sí te vieron.

—No, no… No pudieron verme, porque yo no estaba en la casa, sino siguiendo de lejos a ese hombre de la WEK.

—¿Le viste el rostro? —exclamó contenidamente Brigitte.

—No… Se quitó la máscara pero ya un poco lejos de aquí, y la dejó en el agujero de un olivo. Creo que allí había algo más… Le vi sacar algo que me pareció un sobre.

—¿Qué hizo con él?

—Nada… Lo miró… y volvió a dejarlo allí, con la máscara.

—Un sobre… Quizá contenga los microfilmes.

—Bueno, eso es lo que he pensado yo.

—Claro… ¿Y qué piensas hacer?

Nathan estaba ya completamente nervioso.

—Será mejor que salgamos de aquí. Creo que ese hombre tiene algún truco en la casa, como el de la puerta del salón.

—¿Has visto algo allí?

—Por favor, Brigitte, salgamos. Yo no… no tengo tu sangre fría. No me tomes por un cobarde, pero…

—Te entiendo. Vamos al coche.

Salieron los dos de la habitación cuando Brigitte se hubo puesto la máscara.

Bajaron rápidamente, salieron de la casa, y se metieron en el coche, que Nathan puso en marcha en el acto, alejándose de allí.

—Bien —suspiró Brigitte—… Creo que ya estamos lo suficientemente lejos. ¿Qué truco viste?

—No lo sé… Había como una caja al otro lado de la puerta. Una caja no mucho más grande que un paquete de cigarrillos, pegada a la puerta de modo que sobresalía un poco hacia el marco. Me pareció que había un hilo eléctrico conectado a esa caja. Es todo lo que vi… Y me pareció un truco.

—Es un truco —afirmó Brigitte—. Una carga eléctrica, que debe de explotar al abrirse la puerta a menos que esté desconectada. Y lo mismo habrá colocado en la ventana… Quizá sea una carga doble.

—¿Doble?

—De dos compartimientos. Uno, de explosivos, para cuando él esté en ese cuarto. Y otro, de gas, por si alguien quisiera entrar estando él allí. Lo sabría inmediatamente, porque si alguno salíamos del salón nos vería por televisión. Tendría tiempo de escapar por la ventana…, y quien entrase se llevaría una desagradable sorpresa.

—¿Te das cuenta? Yo no sabía ni qué podía ser, y a ti te han bastado un par de datos para sacar toda una serie de conclusiones…

—Es cuestión de oficio. Hablemos ahora de los microfilmes. De ese sobre, mejor dicho. ¿Dónde está ese olivo?

Nathan la miró brevemente, de reojo, atento al coche, que se deslizaba ya por la pista ancha después de pasar la curva donde la carretera se bifurcaba hacia Marina Grande y hacia Capri. Para llegar a Capri la carretera describía un par de curvas muy cerradas y luego de tramo largo, de modo que cuando la llegada a Capri parecía inminente volvían a alejarse, por entre montes llenos de pinos y terrenos con olivos, bajo el ardiente sol primaveral de media tarde. A lo lejos, el mar, intensamente azul, brillante, con crestas blancas de espuma…

—Respecto a eso —dijo Nathan tras breve reflexión— tengo una proposición que hacerte.

—¿Una proposición?

—Sí… Bueno, ya te he dicho que no es que sea un… cobarde, pero no estaré tranquilo después de esto. El único modo será tener dinero suficiente para buscar un buen escondite en este mundo tan… tan grande.

—Comprendo —susurró Brigitte—. ¿Qué cantidad consideras tú suficiente para… esconderte en este mundo tan grande?

—Siento pedirte esto a ti precisamente…

—Pide.

—Escucha: he podido decirles lo mismo a seis hombres que no habrían vacilado en aceptar, en darme diez millones de dólares, que es la mitad de lo último convenido en la subasta, según oí. He podido…

—¿Cuánto, Nathan?

—Brigitte, siento por ti algo especial, y si… y si tú quieres más adelante te visitaría donde tú me dijeses, o… o incluso te diría el lugar donde podrías reunirte conmigo… Creo… que te amo, Brigitte. Pero si muero de nada servirá ese amor… ¿No crees?

—Por supuesto, querido. Y tus proyectos respecto a nosotros me parecen maravillosos. Pero antes yo debo terminar mi misión en Capri… Dime cuánto quieres por entregarme ese sobre.

Nathan tragó saliva, y deslizó, no muy seguro:

—Cinco… cinco millones de… de dólares…

Quedó como asustado de sí mismo, mirando un momento a Brigitte con expresión sobresaltada. Pero la divina espía internacional se echó a reír alegremente.

—¡Te los daré! —exclamó—. Tendrás esos cinco millones de dólares lo antes posible, Nathan.

—¡¿Vas a darme cinco millones de dólares?!

—Es lo que has pedido, ¿no?

—Sí… Sí, claro… ¡Demonios!

—Haré todavía más por ti, si obtengo esos microfilmes. Cuando hayamos cerrado el trato, desapareces. Y dentro de tres meses, o sea, el día dieciséis de agosto, nos encontramos, a las doce del mediodía, en lo alto de la estatua de La Libertad, en Nueva York. Allí te entregaré un pasaporte y documentación falsa, con los cuales podrás establecerte definitivamente donde tú quieras.

—¿Harías eso por mí? —exclamó Nathan.

—La CIA es dura, pero sabe valorar los… servicios que se le prestan. Está prometido. Y hasta es posible que tuviese alguna proposición que hacerte… ¿Te gustaría trabajar para la CIA, allá donde te establecieses?

—¡No! —exclamó Nathan—. No, no… De eso ni hablar…

Brigitte, hay muchas clases de personas. Creo, que yo no… no podría vivir como tú y como esos seis hombres… No, no… No quiero ser un espía.

—Está bien. Bastarán entonces los cinco millones de dólares y la documentación falsa de ciudadanía norteamericana… ¿Está bien así?

—Será suficiente.

—Trato cerrado. Ahora llévame a ese olivo donde está el sobre.

—Bueno… No te molestes conmigo, pero…

—Pero antes quieres el dinero. ¿No es eso?

—Bueno…

—¡No me molesto contigo! —rió Brigitte—. En tu lugar yo haría lo mismo… ¿A qué distancia calculas que estamos de Capri, línea recta?

—Calculo que a dos kilómetros, más o menos.

—Entonces sigue un poco más… ¿Me das la radio?

Nathan la sacó de un bolsillo, y Brigitte la examinó. Parecía que todo estaba en perfecto estado. Cosa fácil de comprobar muy pronto, por otra parte. Esperó a que el automóvil hubiese recorrido un kilómetro y entonces señaló a Nathan un lugar al lado la carretera, entre pinos. El coche se detuvo allí, y Brigitte accionó la pequeña radio.

—Hola —oyó enseguida—. ¿Quién habla?

—La sobrina de tío Charlie. La más hermosa. ¿Es usted, John?

—No. Soy Simón.

—Okay. ¿Dónde está?

—En una bonita pensión de Capri, encerrado en una fresca y confortable habitación…, con los nervios deshechos. Esperaba el contacto mucho antes.

—Me quitaron la radio. ¿Podemos conseguir inmediatamente cinco millones de dólares?

—Claro. Y un elefante rojo, y una ballena amarilla… Si quiere incluso le proporciono un marciano.

—Sin bromas, Simón: necesito cinco millones cuanto antes… Los necesito de verdad.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Un momento. —Brigitte miró a Nathan—… ¿Cuándo quieres el dinero?

—No sé… Por la noche, desde luego. Me marcharé enseguida de la villa, y dispondré de toda la noche para escapar lo más lejos posible. Pongamos… a las once.

Brigitte asintió con la cabeza, y consultó su relojito.

—Simón, son las seis menos cuarto. A las once necesito ese dinero.

—Cinco horas… No es demasiado. Lo intentaré… ¿Dónde tengo que llevarlo? ¿O vendrá usted a por él?

—Un momento —pidió Brigitte de nuevo para atender a Nathan—. ¿Cómo haremos el cambio?

—¿Con quién estás hablando?

—Con un compañero, por supuesto.

—¿Confías en él?

—Naturalmente.

—Bien… Dile que esté a las once de la noche en la punta sur de la villa, a la derecha mirando hacia el mar. Yo le entregaré el sobre y él me entregará el dinero.

Brigitte miró amablemente a Nathan.

—No basta entregar un sobre. Mi compañero no te dará el dinero si no ha comprobado antes que lo que entregas es lo que nos interesa. Y para saber si nos interesa debo decirle de qué se trata… Pero supongo que tienes órdenes de WEK de impedir dar esa explicación.

—No. El hombre de la máscara ya sabe que ustedes tienen que decir eso a sus ayudantes.

—Enlaces, no ayudantes.

—¿No es lo mismo?

—Pues… no. No es lo mismo. Un ayudante es un… subalterno, por llamarlo así. Un enlace es un agente que, si fuese necesario, podría tomar la dirección de la misión.

—O sea, que es tan importante como tú misma.

—En efecto. Seguiré con él… ¿Me está oyendo, Simón?

—Lo estoy oyendo todo. Adelante.

Brigitte explicó brevemente lo que contenían los microfilmes que Nathan creía poder entregar aquella noche a las once, y sonrió cuando, al finalizar, Simón exclamó:

—¡Pero eso es… una barbaridad! Quien posea esa información va a ser dueño de Europa durante mucho tiempo…

—Esa es la cuestión. No lo olvide, Simón: a las once en la punta sur, a la derecha mirando hacia el mar. El hombre que acudirá a la cita se llama Nathan, y como contraseña le enseñará… una tira de postales de Capri. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Volveré a llamarle a Capri en cuanto pueda. Adiós, Simón.

Cortó la comunicación y devolvió la radio a Nathan, que la guardó en un bolsillo diciendo:

—Será mejor que regresemos a la villa.

Capítulo VIII

El turno de los espías se invirtió cuando tuvo que celebrarse la última subasta. Brigitte fue la primera en entrar en el salón, sola. Se dirigió a un sillón, se sentó, y encendió un cigarrillo.

Casi enseguida sonó la voz de WEK:

—Buenas tardes, señorita CIA.

—Hola —sonrió Brigitte, mirando el objetivo de la cámara de televisión—. ¿Qué tal está usted?

—Muy bien, gracias.

—¿Fue buena la siesta?

—Muy buena, muy buena, gracias… Señorita CIA, lamento interrumpir sus amabilidades, pero temo que no podemos dedicar mucho tiempo a eso.

—Como guste.

—Gracias otra vez. Bien: ¿cuánto la han autorizado a ofrecer?

—No demasiado, lo siento. Tan sólo veinticinco millones —mintió con perfecto aplomo, igual que por la mañana.

—Veinticinco millones… De acuerdo: anoto esa cantidad para la CIA. Ahora atienda bien, ya que a todos voy a hacerles la misma advertencia, puesto que no sé quién ofrecerá más, en definitiva.

—Le escucho.

—Dentro de pocos minutos yo sabré ya quién ha ganado la subasta. Entonces esperaremos unas horas, para que todos vayan pensando en la conveniencia de aceptar la derrota. A la una en punto de la madrugada uno de ustedes oirá el golpecito de unas piedras en los cristales de su balcón. Quien oiga esto sabrá que ha sido el vencedor, el… comprador afortunado. Eso será todo.

—¿Todo?

—Absolutamente todo…, por el momento. A partir de entonces pueden dedicarse a dormir tranquilamente, porque ya no volveremos a vernos… Esto lo hago por la seguridad de los seis

perdedores, entiéndalo.

—Oh, sí, sí…

—Bien. Mañana regresen todos a Capri e instálense donde quieran. Ninguno de los seis perdedores podrá saber quién ha sido el ganador. En cambio, el ganador, lógicamente, sí lo sabrá. Y sólo tendrá que esperar un par de días en Capri para el contacto definitivo. En esos dos días deberá haber reunido el dinero, que entregará a quien se presente demostrando ser la WEK.

—Previa comprobación del contenido y veracidad de esos microfilmes, supongo.

—Por supuesto. El contenido de tales microfilmes es tal que ninguno de ustedes se resistirá a considerarlos auténticos. Bastará un contacto con su organismo preguntando si los de ustedes que aparecen en el microfilme son realmente agentes secretos… Si los del ganador lo son, ¿por qué dudar que lo sean los demás?

—Me parece razonable, señor. Me las arreglaré para estar en contacto con una persona que, en determinado momento, me dirá si los agentes que en el microfilme estén catalogados en la CIA pertenecen, efectivamente, a la CIA.

—Perfecto. Veo que me ha entendido, señorita CIA. Buenas tardes y… buena suerte.

—Muy agradecida. Adiós, señor.

—Quizá sea hasta la vista, ¿no?

Brigitte miró irónicamente hacia el objetivo.

—Quizá —sonrió.

Abandonó el salón. Los otros seis agentes estaban en el patio central, absortos, silenciosos. Mientras Brigitte subía las escaleras vio a Abwher entrando en el salón.

Bien… Para seis de aquellos peligrosos personajes la suerte estaba echada. Incluso para Brigitte Montfort, que se dejó caer en la cama, pensativa, fija la mirada en el techo.

Sólo tenía que cenar y luego esperar aquellas piedrecitas en los cristales del balcón. Aunque, realmente, ella tenía los triunfos en la mano…

¿Qué le importaba que las piedrecitas sonasen o no en su balcón?

* * *

Hacia las diez y media creyó oír un débil ruido fuera de su habitación. Se puso rápidamente la máscara, se colocó tras la puerta, y estuvo escuchando unos segundos.

Nada.

Falsa alarma.

Estaba a punto de volver a tenderse en la cama cuando lo pensó mejor. Sería interesante una entrevista con Clarence Hadaway, el hombre del FBI. Sí… Sería interesante, porque le costaba mucho creer que a Hadaway pudiesen engañarlo. Ella, sin duda, tenía más suerte que Clarence Hadaway, más suerte que cualquiera… Pero Hadaway era el espía de película, ese hombre tranquilo e inteligente capaz de cualquier cosa, de triunfar en todo momento, de matar, de escapar a la muerte aunque todo pareciese perdido para él…

Brigitte Montfort no se engañaba a sí misma. Conocía sus posibilidades, pero conocía también las de Clarence Hadaway. Y tras unos segundos pensando llegó a la conclusión de que si alguien engañaba al hombre del FBI este lo sabría, y actuaría en consecuencia. Quizás estaba exagerando su admiración por el hombre del FBI, pero así lo sentía, y actuaría de acuerdo a ese sentimiento.

Se vistió rápidamente, salió de su habitación, y caminó sigilosamente hasta la de Hadaway. Acercó la boca a la puerta llamó en un susurro:

—Clarence…

No obtuvo respuesta. Empujó la puerta, pero no cedió. Volvió a llamar, pero tampoco el hombre del FBI contestó. Y Brigitte sabía que el zumbido de un mosquito era suficiente para despertar al inspector para servicios especiales del FBI.

Frunciendo el ceño bajo la máscara Brigitte miró hacia las demás puertas. Todas estaban cerradas.

El silencio era total, exceptuando el rumor del surtidor del estanque abajo, en el patio. Se asomó, pero tampoco vio a nadie. Decidió bajar las escaleras. Lo hizo lentamente, sin hacer ruido. La casa estaba silenciosa por completo. Sabía ya que mientras los siete espías estuviesen allí el matrimonio Tomaso ocupaba la habitación vacía de la servidumbre en la parte de atrás de la casa… Winston debía de estar asegurándose de que disponía de todo para el

desayuno de los invitados, y Pokoulos debía de estar limpiando la vajilla utilizada para la cena, que, como todos los ágapes, había sido llevado individualmente a las respectivas habitaciones. Pero no se oía ruido de vajilla en la cocina. Entró, y no vio a nadie. La vajilla estaba en las piletas, todavía con los restos de la cena. Winston y Pokoulos no estaban… Ni se les oía por parte alguna.

Algo empezó a funcionar intensamente en Brigitte: el sentido de la alarma. Era como una sensación rara, que parecía estirar su piel, como si estuviese recibiendo el contacto de algo frío, helado.

Salió a toda prisa de la cocina y fue a la habitación de la servidumbre que ocupaban temporalmente los Tomaso. Empujó la puerta, que cedió suavemente…, para mostrar una habitación que, incluso a oscuras, evidenciaba estar vacía. La alarma sonaba más y más intensamente en todo el cuerpo de Brigitte Montfort. Volvió la cabeza hacia la habitación que sabía que ocupaba Nathan. Él no debía de estar allí, ya que tenía que recoger los cinco millones de dólares y entregar el sobre con los microfilmes a Simón. Fue allá, empujó la puerta, que también cedió, y entró despacio…

Una mano grande, fuerte, invencible, cayó sobre su rostro, por encima de la boca, aplastando la goma de la máscara contra sus labios.

Y la voz de Clarence Hadaway se deslizó, apagada, hasta su oído:

—Soy yo, Brigitte.

La soltó entonces, y ella se volvió hacia el hombre del FBI, vislumbrándolo en la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Calla.

El G-man americano dio la luz tras cerrar la puerta, y señaló hacia un lado de la habitación. Brigitte tuvo que morderse labios para no lanzar una exclamación de asombro, de sobresalto.

—NKVD —musitó.

Se acercó a él. El ruso estaba tendido en el suelo, boca abajo. Le dio la vuelta y entonces vio claramente la tira de piel que rodeaba su garganta fuertemente. Le quitó la máscara y se quedó contemplando fascinada aquel rostro amoratado, violáceo, congestionado…

NKVD había sido estrangulado. Brigitte alzó la cabeza hacia

Hadaway.

—¿Qué ha pasado?

—Es simple —dijo secamente Hadaway—: nos han engañado. El botín era demasiado grande, demasiado importante para que nosotros actuáramos con libertad. La amenaza de que si intentábamos algo iría a parar a manos de cualquier país no representado aquí nos retuvo a todos, tal como ellos calcularon. Posiblemente, sin embargo, cuando nos dediquemos a investigar a los Tomaso obtengamos unos informes referentes a que son excelentes personas, de nacionalidad italiana…, que hace algún tiempo vivían en Capri. Eso debimos hacerlo antes, pero no podíamos. Han jugado muy bien, hay que admitirlo. Los cinco han jugado muy bien esta pelea.

—¿Los cinco? ¿Qué cinco?

—Los Tomaso, Nathan, Pokoulos y Winston. —De pronto Clarence Hadaway lanzó una contenida carcajada, cosa poco frecuente en él—… Son unos buenos espías, y ha sido una hermosa lección conocerlos. Mis respetos para la WEK. Mira esto.

Señaló un rincón de la pared, tras apartar la cama de Nathan… Allá había una conexión diminuta, con interruptor blanco. Hadaway señaló el hilo que partía de allí.

—Debe de ir directo a…

La puerta se abrió de pronto, bruscamente, pero nadie entró. En cambio, oyeron la seca voz de Abwher:

—Salgan de ahí.

Hadaway no se alteró.

—Será mejor que entren ustedes, Abwher. Esto nos interesa a todos. Vamos, no teman nada… Todavía estamos desarmados.

Abwher fue el primero en entrar. Luego lo hicieron MI5, Servizio Segreto y Deuxième Bureau. Los cuatro se quedaron mirando el cadáver de NKVD unos segundos. Luego miraron a FBI.

—Supongo que lo ha estrangulado Nathan —dijo Hadaway—. NKVD debió de sospechar algo, se impacientó, y vino a interesarse por el trato.

—¿Qué trato?

Brigitte adivinó la dura sonrisa bajo la máscara de Hadaway.

—El trato por el que Nathan nos ofreció a todos un sobre que contenía los microfilmes, después de explicarnos una… divertida

historia. ¿O quizá no hizo trato de esa clase con ustedes? ¿CIA?

—Lo hizo —admitió Brigitte, con voz tensa.

—¿MI5?

—Es cierto —admitió el británico—. Me pidió seis millones de dólares por… por ese sobre.

—Igual que a mí —gruñó Abwher.

—También a mí —admitió Deuxième Bureau.

—Y a mí —exclamó Servizio Segreto.

—Y a mí —dijo Hadaway—. Según parece el juego ha sido bien preparado, señores. Nos fue pidiendo dinero a todos cuando nos llevó a las cercanías de Capri, y creímos que hacíamos el gran negocio. Ahora él tiene unos… cuarenta y dos millones que le habrán ido entregando nuestros enlaces; NKVD ha muerto por moverse antes de tiempo; los Tomaso, Pokoulos y Winston han volado; y nosotros nos encontramos sin dinero, sin microfilmes, y burlados por la WEK, que según parece sabe muy bien lo que ha estado haciendo. Vean esto. —Señaló la conexión con clavija y el hilo—… Este hilo debe ir a parar, sin duda, al cuarto cerrado. Basta mover el interruptor para que los explosivos instalados en la puerta, la ventana, y posiblemente en otro sitio, no exploten… Así.

Dio la vuelta al interruptor. Luego siguió el hilo con la mirada. Pasaba por una grieta en lo alto de la pared que lo ocultaba completamente. Una grieta que, obviamente, no era casual. Clarence Hadaway salió del dormitorio de Nathan, siempre localizando el hilo, perdiéndolo y volviéndolo a encontrar cuando cruzaba tabiques… Finalmente se perdía en la pared, a poca distancia del objetivo de la cámara de televisión.

—Llega, en efecto, al cuarto cerrado. Vamos a echar un vistazo allí.

—¿Va a entrar ahí…, va a intentar abrir esa puerta? —musitó Servizio Segreto—. El explosivo…

—Está desconectado. Y ellos saben que nosotros nos daríamos ya cuenta de todo. No ocurrirá nada. Ayúdenme a echarla abajo.

Le ayudaron MI5 y el fornido Abwher. Al tercer golpe la puerta saltó hacia dentro, violentamente. Y nada sucedió. Clarence dio la luz, y enseguida vieron el pequeño aparato de televisión, el micrófono, los auriculares, el magnetófono…

Hadaway fue también el primero en ver la cartulina posada

sobre el televisor. La cogió y la leyó en voz alta:

ÉSTA HA SIDO LA MALA JUGADA DE UN ENANO A SIETE GIGANTES. PERO, EN EL JUEGO DEL ESPIONAJE, LA MEJOR REGLA ES SABER PERDER. GRACIAS POR SUS MILLONES… Y FELIZ ESTANCIA EN CAPRI.

CAPRI, 16 DE MAYO DE 1966

WEK

Servizio Segreto lanzó una imprecación realmente fea, y MI5 lo miró casi divertido.

—Modérese, señor: hay una dama delante.

—¡Los encontraré…! ¡El Servizio Segreto encontrará a esos… esos desgraciados que…!

—Cálmese —aconsejó también Deuxième Bureau—. Y si quiere mi opinión jamás encontraremos a esa gente. Es obvio que de un modo u otro los rostros que nosotros vimos no eran los verdaderos. Algodones de relleno en las mejillas; microlentillas de contacto, de colores, en los ojos; cabellos bien teñidos; peinados diferentes; orejas modificadas seguramente por pasta colocada detrás de ellas; narices posiblemente deformadas también por rellenos; voces cambiadas al tener que hablar todos en italiano… No creo que los encontremos jamás.

—¡Puedo asegurarle que Italia va a buscar a esas personas…!

—¿Cómo? ¿Tiene fotos de ellos? ¿Podría dar su descripción auténtica? ¿Cree que unas pocas huellas digitales iban a servirnos de algo en un mundo donde hay más de tres mil millones de personas? Creo que FBI estará de acuerdo conmigo.

—En efecto —asintió Clarence—. Observen esto: es… casi corriente para nosotros, pero ha sido utilizado con ingenio, con habilidad, todo muy bien preparado.

Había pulsado un botón del televisor, y el salón ahora vacío apareció en la pantalla.

—Ahí estábamos nosotros —dijo Clarence—, y desde aquí nos hablaba él.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Nathan, por supuesto. En todo momento ha sido el más activo,

el más vivo, el más inteligente y audaz, el que más se ha arriesgado. En realidad los otros han sido… ayudantes, simplemente; y ustedes saben lo que quiere decir «ayudante» en nuestro trabajo: comparsas que hacen un pequeño papel en la comedia… o el drama.

—Escuche, FBI: la primera vez que entramos alguien nos estaba hablando…, y Nathan estaba en el salón con nosotros y… ¡Claro!

—¿Ya lo ha comprendido, Abwher?

—¡Desde luego que sí! Era una grabación ya preparada. Como también estaba calculado el momento en que quizá surgirían discusiones o comentarios, o empezaría la subasta… Entonces el propio Nathan había grabado, con voz diferente, la orden de que él abandonase el salón. Lo hizo, fue al cuarto de al lado, o sea aquí, y sostuvo la conversación con nosotros, ahora en persona, puesto que tenía la coartada, ya que cuando él habló directamente lo hizo utilizando la misma voz que habíamos oído antes, cuando él estaba con nosotros.

—Exactamente. Luego nos pedía que aguardásemos un minuto, sus ayudantes desconectaban el explosivo en su cuarto, él salía, volvían a hacer la conexión, y él aparecía ante nosotros como un muchacho no demasiado listo, pero servicial y complaciente. También calculó que era poco menos que imposible que pudiese salirle bien el asunto de llevarse el importe de la subasta, tan tranquilo. Por eso ideó lo de que todos fuésemos a ponernos en contacto con nuestros enlaces, y así, nos fue haciendo la proposición de vender el microfilme por seis millones en lugar de los veinte o los veinticinco que habría importado la subasta. Incluso esto estaba planeado así desde el principio. El único fallo ha sido el de que NKVD se impacientó o, quizá, como todos nosotros, en el fondo sospechaba algo, y fue a ver a Nathan. Yo le oí y vine tras él…, así todos, unos tras otros.

—Pero si usted vino tras él, tras NKVD, tuvo que ver a Nathan.

—En realidad esperé unos minutos.

—¿Cuántos?

—Quizá cinco o seis… ¡Aún tiene que estar por aquí! —exclamó Clarence—. ¡Él no sabe que nosotros ya lo hemos descubierto todo, y debe de estar recogiendo el dinero de nuestros enlaces, entregándoles unos sobres que nada valen, o… matándolos! ¿A qué hora debían entregar el dinero sus enlaces?

—A las once menos cuarto —dijo Servizio Segreto— en la punta norte de la villa.

—A las once menos doce minutos en la punta este —dijo Abwher.

—A las once menos diez en la punta oeste —dijo MI5. Clarence miró el televisor. Se veía allí el reloj de pared.

—Las once menos dos minutos —musitó—… Está recogiendo el dinero de todos, ya casi debe de tener los cuarenta y dos millones en su poder… Y debe de estar tranquilo, quizá convencido de que los demás no vamos a ser tan impacientes como NKVD y que esperaremos a la una de la madrugada, hora en que tenía que tirar piedrecitas al balcón…

—¿Qué estamos esperando? ¡Vamos a por él! —exclamó el italiano.

—No olvidemos que él está armado. Las armas deben estar de aquí…, las que nos quitó, claro. Pero él debe de tener por lo menos una buena pistola, seguramente con silenciador.

—En la cocina hay cuchillos —dijo MI5—. Y nosotros podemos darle un disgusto con ellos si logramos verlo.

—Pues no perdamos tiempo… ¡Alguien que vaya al garaje, a ver si el coche está allí! ¡Si le quitamos el coche no podrá escapar!

—¡Yo iré allá! —dijo Servizio Segreto.

Se distribuyeron rápidamente. En menos de un minuto cinco hombres peligrosísimos, armados con cuchillos, salían de la casa cada uno corriendo hacia el punto donde su enlace tenía que haberse reunido con Nathan para entregar el dinero y recoger los microfilmes. Como consigna tenían la de encontrarse luego, inmediatamente, junto a la piscina, y aclarar la situación según lo que hubiese ocurrido con sus enlaces respectivos.

En dos minutos escasos los cinco hombres estaban reunidos de nuevo, jadeantes, junto a la piscina. El coche estaba en el garaje; y los respectivos enlaces habían sido hallados todos ellos sin conocimiento, con la cabeza rota a culatazos, los suficientes para que su sueño fuese profundo y prolongado.

—No importa… Nosotros cinco lo encontraremos. CIA debió de ser la que tuvo la cita en último lugar. Que nos diga dónde quedó su enlace citado con Nathan y… ¿Dónde está CIA?

—Voló —dijo Hadaway.

—No me gusta esto… ¡Ni me gusta que tomen parte dos agentes americanos! ¿Me oye, FBI?

—¿Está buscando una pelea a cuchillo conmigo, Abwher? —deslizó fríamente Clarence.

—No sean estúpidos —gruñó MI5—. Vamos a buscar a CIA y a ese maldito Nathan. Aquí parados no hacemos nada… ¡Tenemos que encontrar a Nathan!

Capítulo IX

Nathan llegó, jadeante, al cobertizo de la playa donde estaba el viejo balandro recientemente pintado. En la mano izquierda llevaba una gran bolsa de lona. Con la derecha empezó a tirar con todas sus fuerzas del balandro, hacia el deslizadero que llevaba al agua… Tiró lo bolsa dentro del balandro, aferró la proa con sus fuertes manos y dio otro tirón, que movió ya suavemente la pequeña embarcación…

—¿Te ayudo, Nathan?

El apolíneo intrigante apenas pudo contener el grito de sobresalto. Se volvió rápidamente, y vio a Brigitte arrodillada en la arena a poca distancia de él…, apuntándole con una pistola.

—Brigitte…

—La divina espía Brigitte Montfort, querido —sonrió ella a la luz de la luna—. Debiste quitarle también la pistola a mi enlace, después de golpearle. O venir más directamente hacia aquí en busca del balandro.

Nathan se había serenado rápidamente mientras Brigitte, sin dejar de hablar, se había puesto completamente en pie.

—Tuve que esconderme un par de minutos, mientras ellos me buscaban… Tú has sido más lista.

—Ellos no pasearon en balandro, eso es todo. Y al ver el coche todavía en el garaje comprendí la verdad. Has tenido mala suerte de que nos… moviésemos antes de lo previsto, Nathan.

—Sí… Simple mala suerte.

—La mala suerte siempre es simple. No me digas que en esa bolsa llevas cuarenta y un millones de dólares… Ah, fuiste muy amable al pedirme a mí uno menos que a los demás.

—Cuarenta y un millones son suficientes —sonrió Nathan—. Y creo que tú merecías esa pequeña… rebaja.

—¿Dónde está el resto del dinero?

—Mis amigos se lo llevaron ya hace rato. A ellos no los vais a

encontrar nunca.

—Pero te hemos encontrado a ti… ¿Cuánto hay en la bolsa?

—Once millones. Cinco tuyos y seis de FBI.

—Buen botín… Pero no llega a tus veinte soñados millones. Nathan irguió altivamente la cabeza.

—Mis amigos se han llevado treinta. Más que suficiente para mi pequeño país.

—¿Tu… pequeño país? —susurró Brigitte.

—Sí. ¿Recuerdas aquella historia que te conté de lo que podría hacer con veinte millones de dólares un país de tres millones de habitantes?

—Claro… Las escuelas, las centrales hidroeléctricas, la compra de media docena de pesqueros, el sueldo de técnicos en investigaciones petrolíferas… Lo recuerdo muy bien.

—Pues ese pequeño país, mi patria, va a disponer pronto de treinta millones de dólares, Brigitte, no de veinte. He conseguido mucho más de lo que esperaba. Ahora poco importa que dispares esa pistola.

—¿Existe ese país? —inquirió suavemente Brigitte.

—Mi patria… Un país pequeño, tranquilo… Pero ¿sabes lo que ocurre allí?

—No… No, desde luego.

—Allí estáis todos: la CIA, la NKVD, el MI5, el FBI y otros… Todos estáis metiendo las narices en mi patria, todos queréis absorberla…, comprarla. Organizáis revueltas, quitáis y ponéis presidentes o gobernadores, o regentes… Revoluciones, muertes… Nada de eso os importa. Ah, pero sí os importa anexionaros ese pequeño trozo de mundo con sus habitantes… Dominarlo, enseñarle vuestra política… ¿Qué importa que mientras tanto haya pequeñas guerras, revoluciones, asesinatos…? Una vez organiza la CIA una revolución; otra vez es el MI5, y otra la NKVD, o quien sea… Y mi pueblo, la gente de mi patria, os sigue, os obedece, porque os necesita… Necesita los dólares, las libras, los rublos, el oro… Miseria, guerras, analfabetismo… No importa: ¡ya educaréis a mi pueblo cuando lo tengáis dominado, ya le regalaréis centrales eléctricas, y una flota pesquera, y le construiréis unas cuantas escuelas…! Pero cuando uno de vosotros haya ganado la pelea sorda del espionaje, cuando hayáis colocado en el poder a

cualquiera de vuestros títeres… A cualquiera menos al único hombre capaz de salvar mi patria con treinta millones… Treinta millones que yo os he quitado a quienes estáis hundiendo un país, a quienes sólo miráis vuestro espejo, vuestro triunfo… ¡Esto no es un robo, ni una estafa, ni otra cosa que simple justicia! ¿Quién mejor que todos vosotros para proporcionarnos esos treinta millones de dólares? Y ahora esos millones están rumbo a mi patria, y ese hombre podrá conseguir todo lo que yo he soñado, lo que empecé a soñar cuando, a los diecisiete años, entré a formar parte del ridículo servicio de contraespionaje de mi patria… Empecé a conoceros a vosotros, y a aprender… Aprendí, aprendí, aprendí… De la CIA, de la NKVD, del MI5… Conocí agentes, los vigilé, los estudié…

—Aprendiste mucho, Nathan —musitó Brigitte.

—Jamás me dediqué a otra cosa. Y he obtenido mis frutos. Mis amigos y yo lo hemos conseguido… ¡Tres años en Europa, lejos de mi patria, sabiendo lo que allí estáis haciendo vosotros, lo que estáis destruyendo…! ¡Tres años de mi vida lejos de allí! Pero no importa… No importa nada ya, Brigitte. Por muchas veces que tú me mates esos treinta millones de dólares llegarán a manos del hombre más idóneo para gobernar mi patria. Os echará a todos… ¡Yo, Nathan, su querido hijo Nathan, le habré enviado lo que nuestra patria necesita!

—Ese hombre… ¿es tu padre?

—Mi padre. Que aceptará con orgullo mi muerte, de eso puedes estar segura. No se lamentará, no llorará. Porque sabrá que el «pequeño». Nathan lo ha conseguido todo, lo ha logrado todo… ¡No se lamentará, porque sabe que todo lo que ambicionaba, una patria libre, lo habré conseguido! Y ahora —se echó a reír de pronto ásperamente, convertido de pronto en un hombre duro, inesperado, recio—… ¡ahora vienes tú a amenazarme con una pistolita, como si eso pudiese importarme! Dispara… Dispara ya, Brigitte, porque estoy empezando a reírme de ti, de todos vosotros…

—¿Lo que me has contado es cierto?

—Completamente cierto, querida.

—Pero… ¿el amor que dijiste sentir por mí no era cierto?

Nathan ensombreció aún más el gesto.

—¿Qué esperas? ¿Pretendes que yo crea que el tuyo sí era cierto?

—Lo era… y lo es, Nathan.

—Mentira… ¡Mentira! ¡Todo en vosotros es mentira!

—¿Y en ti?

—No —dijo secamente Nathan—. En mí no es mentira. Te amo…, moriré amándote. Pero no importa, de veras… Sé que has de cumplir con tu deber de espía… Lo sé muy bien. Por eso mi amor por ti será el mismo… También muero por mi patria, y la amo… la amaré hasta el último segundo de vida… Ni a ti ni a ella puedo guardaros rencor. Adiós, Brigitte…, y buena suerte.

—Lo mismo te deseo —sonrió dulcemente la divina—: te ayudaré a llevar el balandro hasta el agua.

Guardó la pistola y empezó a empujar. Alzó la cabeza al no conseguir mover el balandro, y miró al petrificado Nathan.

—¿Qué esperas? Yo sola no puedo, no tengo tus músculos…

Nathan parpadeó. De pronto reanudó sus tirones del balandro, deslizándolo hasta la playa, hasta el mar. Lo dejó allí, meciéndose, rascando suavemente la quilla con la dorada arena…

—Remaré para que no vean la vela —musitó—… Te devolveré tus cinco millones…

—Acéptalos como una… multa a la CIA por lo que ha estado haciendo con vosotros.

—Dios mío… ¡No puedo creerlo!

—Tú tienes la razón —dijo ella—, y, por tanto, el triunfo es para ti, ya te lo dije. Y también te dije que te amaba. Y Brigitte no miente jamás a quien ama. Buena suerte.

Le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios; quería besarlo largamente, profundamente, pero empezaron los dos a oír voces de los demás espías, el rumor de su aproximación…

Se separaron y quedaron mirándose a los ojos.

—Siempre te amaré, Brigitte.

—Siempre es demasiado tiempo, Nathan.

—No importa… Oh, quiero… hacerte un obsequio… —Sacó la tira de postales—. Ahora que ya sabes que Capri no es el lugar más hermoso del mundo…

—¿Cuál es ese lugar más hermoso?

—Te lo diré a ti… El pequeño estado llamado San Nataniel, en Centroamérica.

—Ya… Y de ahí el nombre que tomaste: Nathan. Siempre fiel a

tu patria…

—Siempre fiel a lo que amo… Igual que tú, Brigitte. ¿Me aceptas las postales…, aunque estén un poco mugrientas?

—Las guardaré siempre. Adiós, Nathan. Ya están llegando…

El fabuloso espía anónimo besó por última vez los dulces labios de una espía que sabía matar y amar. Luego saltó al balandro y lo empujó con un remo, mar adentro.

—Adiós… Adiós, Brigitte…

Ella no contestó. Se volvió hacia donde, cada vez más claramente y más cerca, se oía la llegada de los demás espías. Iban a llegar allí a tiempo de ver a Nathan, el balandro…

Echó a correr hacia el interior, sacó la pistola, y disparó al aire.

—¡Por allí! —gritó—. ¡Creo que va hacia el garaje, a por el coche…!

Las pisadas se desviaron hacia allí. Brigitte corría lo más deprisa que podía alejándose de la playa. Disparó otras dos veces al cielo… Vio pronto a los demás, corriendo hacia el garaje, evidentemente con intención de rodearlo.

Y de pronto, Clarence Hadaway apareció junto a ella.

—¿Hacia dónde ha ido? —inquirió.

—Hacia el garaje…

Hadaway la retuvo de un brazo bruscamente. Brigitte le miró, sobresaltada… Sabía que a él no podría engañarle. No. A Clarence Hadaway no… Ahora él le exigiría que le dijese la verdad, que…

—Sécate esas lágrimas y ponte la máscara —dijo serenamente el hombre del FBI, sonriendo con suavidad—… O por lo menos ponte la máscara, para que no vean tu hermoso rostro… ¿Hacia dónde fue Nathan?

—Clarence, tienes que comprenderlo… Yo te voy a explicar…

—No ahora, querida niña —la acarició el inflexible Gman—… Ahora tenemos que buscar a ese hombre… «por el garaje, o sus alrededores», para… para que «no escape». ¿No es cierto?

—Sí… Sí, Clarence…

—Ponte esa máscara… Y vamos a participar en el carnaval que tú has organizado esta vez.

Cinco minutos más tarde los espías se daban por vencidos. Nathan no había aparecido por el garaje, ni por las cercanías, ni había rastro de él.

Y a través de su máscara Clarence Hadaway miraba a Brigitte Montfort, vuelta hacia el mar.

Pero no pudo oír sus palabras:

—Adiós… Adiós, Nathan… Ya terminó la subasta en Capri.

Este es el final

Clarence besó a Brigitte en la punta de la nariz.

—Gracias por el champán con guinda… ¿Te he dicho ya que tienes un bonito apartamento?

—No. Y creí que serías tan descortés de no elogiarlo siquiera un poco —rió Brigitte.

—Sólo le encuentro un defecto —dijo Hadaway—: que está en Nueva York y no en Miami, por ejemplo. Bien, tengo que regresar a Washington. Ha sido una historia interesante. Y me gustaría encontrar alguna vez a ese muchacho, para que ingresara en el FBI.

—Si no aceptó la CIA, menos aceptaría el FBI —volvió a reír la divina.

—Claro —sonrió Clarence—. Ah: saluda a tu visitante de mi parte. Es un hombre de mucha paciencia, ya que ha estado esperando, escondido en tu alcoba, las dos horas que he permanecido contigo. Adiós, espía sentimental.

—¿Nunca podré engañarte? —se lamentó Brigitte.

—Sigue intentándolo.

El hombre del FBI se fue, y Brigitte se dirigió directamente a su dormitorio.

—Salga, tío Charlie. Como le advertí, no hemos conseguido engañar a Hadaway.

Charles Alan Pitzer salió del dormitorio, gruñendo algo no muy lisonjero para los «petulantes y fanfarrones hombres del FBI». Se dejó caer en el sofá del salón y masculló:

—Bien… De donde se deduce, querida mía, que usted ha fracasado en esta misión.

—No fui la única.

—Claro, claro… Pero eso no la excusa, creo yo. Donde fracasan todos usted tiene que triunfar. Es su obligación de… de estrella del espionaje americano, querida. Un hombre que se lleva cuarenta y

un millones de dólares y desaparece como humo… No puedo creerlo… Seis de los mejores espías de Estados Unidos, Francia, Inglaterra…, ¡y un solo hombre, un… cualquiera, se les escapa sin que todavía sepan cómo!

—Alguna vez hay que fracasar —sonrió Brigitte.

—Un fracaso que le cuesta a usted su prestigio y a la CIA cinco millones de dólares.

—Una de las mejores reglas en el juego del espionaje es saber perder, querido tío Charlie.

—¡No diga tonterías! —bufó Pitzer—. Cuando un espía entra acción el triunfo es lo que vale, por encima de todo.

—No estoy de acuerdo pero… ¿Qué ocurre, Peggy?

La pizpireta doncella de Brigitte mostró una gran caja de celofán conteniendo flores.

—Han traído esto para usted, señorita.

—Gracias, querida.

Tomó la caja, muy grande.

Pitzer se colocó a su lado y vio la dirección del remitente en blanco. Simplemente, en la etiqueta, quedaba claro que aquella caja llegaba desde un lugar llamado San Nataniel.

—San Nataniel —murmuró Pitzer—… ¡Qué cosa curiosa! Es una pequeña nación de Centroamérica en la cual estamos teniendo dificultades hace unos días con nuestro servicio de espionaje… Parece que algo ha pasado allí, y temo que tendremos que marcharnos. El MI5, según últimos informes, ha despejado ya el terreno…, y también los rusos. Parece que las cosas se le han puesto bien a ese pequeño país, pero nadie sabe la causa. ¿Conoce usted a alguien allí, Brigitte?

Pero Brigitte parecía no oírlo. Había abierto la caja de exóticas flores tropicales, y estaba leyendo las únicas dos líneas que contenía una blanca tarjeta:

Espero y deseo que hayan sido de tu interés y agrado las bellas postales de Capri.

Dejó las flores en manos de Pitzer, fue al dormitorio, abrió el armario, tiró de un cajón…, y de allí sacó la tira de postales de Capri. Salió con ella en las manos y se sentó en el sofá.

—¿Qué hago con las flores? —Gruñó Pitzer.

—Déjelas por ahí. Vaya a mi despachito y tráigame la ampliadora de negativos. Está en el cajón segundo de la derecha.

Cuando Pitzer regresó del despacho se quedó boquiabierto, contemplando las maniobras de Brigitte.

Ésta iba despegando la doble cartulina de las postales y sacando de cada una un pequeño microfilme, que iba juntando a los que ya tenía en el sofá junto a ella. Pitzer cogió uno de los microfilmes, lo colocó en la proyectora-ampliadora, y colocó un ojo en el visor.

—¡Hey! —gritó—. ¡Esto es una información fabulosa!

—No grite y ayúdeme a despegar todas las postales. El total de microfilmes dará un número de doce. Y contienen un total de doscientos veintiún agentes de diversos países que están trabajando actualmente en Europa. Y deben de sentirse muy tranquilos, ya que todos creen que la oferta de la WEK, la posesión de estos microfilmes, era falsa.

—Pe-pe-pero… ¡Pero nos vamos a apoderar de toda Europa! —chilló Pitzer—. ¿Cómo ha conseguido esto? ¡Qué demonios…!

—¿Decía algo del fracaso, del desprestigio de Brigitte Montfort? —Le miraba irónicamente la espía sin par.

—¡Pero hija de mi vida y de mi alma, usted es única, sensacional, fabulosa, increíble…!

—Y bellísima —rió Brigitte.

—¡Todo lo mejor del mundo! —explotó Pitzer.

Brigitte acabó de sacar el último microfilme y miró a Pitzer con una sonrisa que él no pudo descifrar en aquellos hermosos labios.

—Antes me preguntó usted si conocía a alguien en ese pequeño país llamado San Nataniel… Puedo contestarle ahora que sí… Sí. Conozco a alguien…

FIN

Notas

[1] Esto es verídico. En cuanto a la sede central de la CIA está actualmente en la localidad de Langley, a veinte minutos en coche de la Casa Blanca y del Pentágono. Pero todavía queda parte de su personal en la antigua sede, en la llamada Gashouse Section de Washington, en el número 2430 de la Calle E, en el edificio de los Servicios de Salud Pública de Estados Unidos. Ese lugar, conocido como la Foggy Bottom, fue llamado La Colina por la especial disposición de sus edificios. Actualmente, La Colina, Langley, la Casa Blanca y el Pentágono están enlazados por servicios de microbuses y furgonetas (Nota del Autor).

El lector debe tener presente que esta anotación fue realizada por el autor en las fechas en que transcurre la acción de la novela. En la actualidad, prácticamente todos los sofisticados servicios de la CIA convergen básicamente en Langley. <<

[2] Gran amigo de Brigitte, que ha aparecido compartiendo con ella las aventuras tituladas «Si parla italiano» y «Objeto 777». < <